BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

PODER SIN LIMITES

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

PODER SIN LIMITES

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION



GLENN PARRISH

PODER SIN LIMITES

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

429. -*¡Viva Marte!,* Clark Carrados.

430. -*El gladiador galáctico,* Ralph Barby.

431. - *Amazonas de las galaxias,* Curtis Garland.

432. -*El planeta de los cíclopes rojos,* Kelltom McIntire.

433. - *El horror llegó del mar,* Curtis Garland.

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 434

Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA -BOGOTÁ- BUENOS AIRES -CARACAS- MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 34.563 -1978

Impreso en España -Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1978

Concedidos derechos exclusivos a tavor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial

Parets del Valles (N-152, Km 21, 650) Barcelona- 1978

.

CAPITULO PRIMERO

El hombre era joven, unos treinta y cinco años, alto, de buena presencia y rostro simpático. Cuando vio a la anciana titubear para pasar al otro lado de la calle, se acercó a ella sin vacilar y, con la mejor de sus sonrisas, le ofreció su brazo.

-Permítame, señora -dijo Symon Washington Roxburn.

Ella le dirigió una mirada de gratitud.

-Es usted muy amable -contestó-. La verdad es que he estado llamando a un aerotaxi desde hace rato, pero ninguno ha querido atenderme... o no han visto mis señales. Y las aceras mecánicas, qué quiere que le diga, me dan un poco de miedo...

La anciana vestía modestamente, aunque se la veía muy limpia. Tenía los cabellos completamente blancos y se apoyaba en un pulido

bastón con mango de marfil. Sobre la pechera de su vestido negro, con cuello y puños blancos, se veía un valioso camafeo, pendiente de una cadenita de oro. Roxburn pensó que era una viejecita muy simpática, exactamente igual que las que salían a veces, en los telefilmes que reproducían o imitaban películas cuya acción se desarrollaba a finales del siglo XIX o principios del XX.

Juntos atravesaron la calle. Al llegar al otro lado, Roxburn se volvió hacia ella.

-Desea un aerotaxi, ha dicho antes.

-Sí...

Roxburn levantó la mano izquierda. Segundos después, un aeromóvil abandonaba su canal de tránsito y bajaba para detenerse junto a la acera.

-Señora, ha sido un placer -dijo el galante joven.-Espere un momento, muchacho -dijo la anciana-.

Quisiera recompensarle...

-Por favor, señora; ha sido un placer. Me basta con verla satisfecha, ésa es toda la recompensa que necesito y admito.

Ella sonrió dulcemente.

-¿Cómo te llamas, hijo?

-Symon Roxburn, señora...

-Pues bien, Symon, a partir de ahora, tendrás todo el poder que quieras y harás cosas que te parecerían imposibles, con sólo desearlo. Y si lo crees conveniente, podrás otorgar parte de ese poder a alguna persona de tu confianza.

Roxburn emitió una cortés sonrisa.

-Sí, señora, se lo agradezco muchísimo -dijo. Abrió la portezuela del aerotaxi, que aguardaba al lado, con el conductor ajeno por completo al diálogo, y la ayudó a sentarse en el asiento posterior. Luego sacó un par de billetes y se los entregó al taxista.

-Guárdese la vuelta -indicó.

-Mil gracias, señor.

La anciana dio la dirección al conductor y el aparato se elevó de inmediato. Roxburn meneó la cabeza.

-Cualquiera diría que me he encontrado con un hada y su varita mágica -murmuró-. Pero, aunque esté chiflada, era muy simpática.

Y, sin más, volvió a cruzar la calle y siguió su camino, silbando alegremente.

Al cabo de unos minutos, consultó su reloj. Hizo un gesto de desagrado.

-Tenía que estar ya en casa -masculló, enojado consigo mismo, porque esperaba una llamada importante y llegaría tarde. Si no contestaba a la llamada, su autor ya no volvería a repetirla y Roxburn estimaba que no podía desatenderla, porque de ella dependía su futuro.

Repentinamente se encontró en su casa. Roxburn parpadeó, aturdido.

¿Qué le había ocurrido?

Hacía tan sólo un, segundo, estaba a siete kilómetros y pico de su casa. Aun utilizando el medio más rápido de transporte, habría tardado, por lo menos, un cuarto de hora.

Miró su reloj. Recordaba muy bien la posición de las agujas en el momento de darse cuenta de que esperaba una llamada. Las dos agujas, horaria y minutera, seguían en el mismo sitio. ¡Y la segundera sólo se había movido tres puntos!

-No... esto no puede ser...

De pronto, oyó el zumbido del videófono. Dio un par de zancadas, se acercó al aparato y apretó la tecla de contacto.

El rostro de un hombre de unos cuarenta años, de facciones graníticas y ojos del color del acero, surgió al instante en la pantalla.

-¿Symon? Roxburn tragó saliva.

-¿Qué tal, señor Wedderley?

-El comité ha acordado proponerle a usted.

-Gra... gracias, señor... Procuraré no defraudar al partido...

-Estamos seguros de que es el hombre indicado, Symon. Venga a vernos mañana, para ultimar todos los detalles de la campaña. A la hora del almuerzo.

-Sí, señor. Mil gracias, señor.

Wedderley no dijo nada. Se limitó a cortar la comunicación.

Durante unos segundos, Roxburn permaneció en el mismo sitio. La propuesta que acababan de hacerle era lo que más había deseado en los últimos tiempos. Tenía ciertas ambiciones y desconfiaba de conseguir el nombramiento, porque su rival parecía con más posibilidades, pero, de repente, Wedderley, el hombre fuerte del partido, le llamaba para anunciarle el nombramiento, cuando había esperado todo lo contrario.

Dio un par de zapatetas. De pronto, se preguntó si lo que le sucedía no era una consecuencia de los deseos de aquélla simpática viejecita.

-Dijo que yo haría cosas imposibles, con sólo desearlo... -murmuró.

Entornó los ojos. Delante de él, sobre una mesa baja, de cristal negro, había un hermoso jarrón con flores.

-Levántate -murmuró.

El jarrón se alzó a dos palmos de la mesita. Finas gotas de sudor aparecieron en la frente de Roxburn.

Mentalmente, «ordenó» al jarrón que diera toda una vuelta en torno a la sala. El jarrón «obedeció» y volvió a su sitio, cuando él lo deseó.

Una ligera sonrisa apareció en los labios de Roxburn. No sabía quién era aquella anciana, pero, hasta el momento, no le había mentido. Su viaje instantáneo, el nombramiento político, la levitación de jarrón...

De súbito, un sonido extraño llegó hasta la sala desde el jardín exterior. Hubiera podido resultar un sonido dulce y armonioso, si el flautista no desafinase horriblemente.

-Ese muchacho...-dijo Roxburn, enojado-. Es tan inconsciente como un chiquillo de pocos años.

* * *

Dagobert Teene estaba tumbado en una hamaca, con la flauta en las manos, cuando Roxburn apareció ante sus ojos.

-¡Hola, Sy! -saludó Teene-. No te aguardaba tan pronto...

-¿Por qué no dejas de una vez esa condenada flauta?- gruñó Roxburn-. Si te aplicases más en tus estudios...

-Sería un buen abogado, ¿verdad? -sonrió el muchacho, a la vez que se ponía en pie-. La verdad es que he tenido muy buenas notas en el último trimestre y espero superar el curso con las mejores calificaciones. De modo que, para despejar la mente un poco, decidí aplicarme a otra de mis aficiones. Si no te molesta, claro.

Roxburn pareció amansarse un poco al oír aquellas palabras.

-Está bien, discúlpame; no sabía nada de tus estudios...

-Claro, como que te pasas todo el día con la maldita política. Oh, perdona, Sy, no quise ofenderte.

Roxburn sonrió.

-Nada de eso, Dag. Wedderley acaba de llamarme. El partido me nombra candidato.

-¿En lugar de Darby?

-Sí.

Teene meneó la cabeza, escéptico.

-Si yo estuviese en tu pellejo, no aceptaría -dijo-. Tío -añadió el muchacho muy serio-, ese Wedderley es un pájaro de cuenta y actúa al mandato de muy poderosos intereses. No te han nombrado por ser mejor que Darby, sino porque piensan que serás el hombre de paja del grupito que, en la sombra, domina el partido. Darby les resultaría mucho más incómodo, ¿comprendes?

-Para ser tan joven, estás muy enterado de las cosas de la política -comentó Roxburn secamente.

-Leo, veo, y escucho y saco mis propias conclusiones -respondió Teene-. Ten cuidado, tío; ese nombramiento puede llevarte muy alto... pero también la caída puede ser terrible.

Roxburn sonrió.

-Si hay caída, no será la mía precisamente -manifestó-. A propósito, ¿qué sabes de tus padres?

Teene se encogió de hombros.

-Parecen chiquillos -respondió-. Andan por no sé qué satélite del Tercer Sistema de Orión...

-Son jóvenes y apasionados de la ciencia. Una vez que te criaron a ti, nada les retenía ya en la Tierra. -Roxburn puso una mano en el hombro del hijo de su hermana-. Lo único que reprocho a tu padre es que te pusiera ese horrible nombre.

Teene se echó a reír...

-A mí me gusta -contestó-. Y también me gustaría que un día llegases a presidente... pero si eso llega a suceder, deshazte de Wedderley y de su camarilla. Sé el presidente y no su chico de los recados... financieros.

-Si llego a la presidencia, seré presidente -afirmó Roxburn solemnemente-. Y, a propósito, ¿tiene algún capricho?

-¿Capricho? Oh, no. Gracias a ti, tengo todo lo que me hace falta... Cuando sea un ilustre abogado, defenderé tus intereses. Aunque lo que de verdad me gustaría sería otra cosa.

-Dime, Dag.

-Me gustaría marcharme por el mundo, con la flauta y una bolsa que contendría algo de equipaje y un poco de comida. Tocar en las esquinas de los pueblos, con el sombrero a los pies, para que me echasen algunas monedas... Pero apenas empezase a soplar, me arrojarían piedras en lugar de monedas -dijo el muchacho tristemente-. Soy un negado para la armonía, Sy.

Roxburn sonrió.

-Eso se puede arreglar, no te autocalifiques tan duramente, Dag. Si de veras te gusta eso que has dicho, termina el curso y vete unos cuantos meses a vagabundear por ahí. Pero vuelve luego a mi oficina; te necesitaré.

-Gracias, tío.

-Ahora, perdóname, pero tengo que hacer... Roxburn se alejó. Pensaba en lo que le había dicho su sobrino Dagobert. Sí, era rigurosamente cierto: Wedderley y su camarilla le habían elegido, porque le sabían -o creían- más manejable que el otro candidato. Pero no ¿conocían su nueva personalidad.

-Los haré bailar a todos como si fuesen marionetas- se prometió a sí mismo.

* * *

Al día siguiente, se celebró la reunión, en la que se acordó la estrategia del partido para las próximas elecciones. Roxburn se mostró aparentemente sumiso, cortés, afable con todos... aunque Wedderley le aseguró que la lucha sería muy dura para obtener la candidatura superior, que era, nada menos, que la presidencia de todo el continente americano, desde Alaska a la Tierra de Fuego.

-Si ganásemos a Hernández, la presidencia mundial sería nuestra -dijo Wedderley-. Quiero decir, al final de los cinco años de mandato de la presidencia americana. Pero Hernández tiene muy buenos apoyos; prácticamente, sólo la provincia estadounidense nos apoya a nosotros. Las demás provincias, el antiguo Canadá, México, las centro y sudamericanas, todas, todas, apoyan a Hernández. Son demasiados vetos... y, aunque vamos a distribuir el dinero a manos llenas, dudo mucho de conseguir los dos tercios de los votos que necesitamos para ganar la elección.

Roxburn no hizo el menor comentario. No quiso decir que él «ganaría» las elecciones. Y una vez que hubiese conseguido el cargo, aquella ambiciosa camarilla, que representaba a intereses poderosísimos se encontraría con una sorpresa que no olvidarían mientras viviese.

El encuentro con la viejecita tan simpática, había sido providencial, se dijo.

Terminada la reunión, se despidió de los miembros del comité. Cuando salía, se dijo que le gustaría hablar de nuevo con aquella encantadora anciana. Pero no sabía dónde vivía, ni cómo se llamaba, aunque...

Se dio una palmada en la frente. El aerotaxi.

Recordaba perfectamente su matrícula. No sabía cómo, pero la tenía grabada en la mente.

-Quizá ha sido por los poderes que me ha dado -murmuró-. Si estuviera ahora el taxista, le preguntaría...

Un aerotaxi descendió de pronto de las alturas. El conductor le miró a través de la ventanilla abierta.

-¿Me llamaba, señor?

Roxburn contuvo un gesto de sorpresa.

-Pues... Oiga -fingió ingenuidad-, ¿no nos hemos visto usted y yo antes de ahora? Ah, sí, ya recuerdo... Ayer, por la tarde, usted llevó como pasajera a una anciana muy simpática... Recuerde, le di dos billetes...

-Sí, es cierto -contestó el taxista-. La recuerdo a ella perfectamente, pero...

-Pero, ¿qué? -dijo Roxburn, impaciente.

-Bueno, me mandó parar antes de cubrir el trayecto. Se apeó, me dio las gracias y la perdió de vista en un segundo. No sé dónde pueda estar ahora.

-Pero le daría unas senas...

-Pues, no, señor; dijo solamente que volase en dirección al Beaumont Park y que ya me indicaría dónde debía parar, pero, de repente, me ordenó detenerme, cuando sólo llevábamos un par de kilómetros de trayecto. ¿Desea que le lleve a su casa, señor?

Roxburn hizo un gesto negativo. Sacó un par de billetes y se los entregó al hombre.

-Tómese un par de cervezas a mí salud -dijo.

-Gracias, señor.

El aerotaxi despegó. Roxburn sonrió para sí.

-¿Para qué necesito yo un vehículo?

Un segundo más tarde, estaba en su, casa. «Nadie lo sabrá nunca, nadie debe conocer mis poderes», se dijo.

En el jardín, Dagobert Teene tocaba la flauta. Roxburn apreció que ahora parecía un consumado maestro. Hubiera podido formar parte de la mejor orquesta sinfónica del mundo.

Naturalmente, no iba a decir al muchacho que le había cedido parte de sus poderes. Dagobert no se lo creería.

Y, en su día, cuando alcanzase el máximo puesto, el muchacho podía ser el mayor ayudante que podía desear.

-No entiendo, Sy -dijo Teene poco después, durante el almuerzo-. Llevaba meses y meses ensayando, sin conseguir nada y, de repente, en veinticuatro horas, domino la flauta como si fuese un maestro.

-El tesón y la constancia siempre tienen su recompensa -respondió Roxburn virtuosamente-. Has estudiado mucho y eso, a la larga, da resultados.

-Después de todo, creo que podré ponerme a tocar en una esquina, sin temor a que me apedreen -dijo alegremente.

-¿Persistes con tu idea de dedicarte al vagabundeo durante las vacaciones?

-Es lo que más deseo en este mundo -respondió el muchacho con firme acento.

CAPITULO II

La chica era muy joven. No tenía más de diecisiete años y su pelo era completamente negro, en contraste con los ojos, de un verde intenso. Estaba completamente desarrollada y poseía una figura espléndida. Cuando tuviese unos años más, sería una verdadera mujer, de belleza inigualable.

Caminaba irresoluto, buscando por aquella pradera que caía en suave pendiente hacia el arroyuelo que corría por el centro del valle. De repente, llegó a sus oídos un sonido hechicero.

El sonido procedía del otro lado de unos matorrales, situados al pie

de un frondoso álamo. La chica avanzó lentamente y dio la vuelta a los arbustos.

Al pie del árbol, recostado contra el tronco, había un muchacho de poco más de veinte años, tocando un extraño instrumento en forma de tubo, con algunos orificios. El chico parecía completamente abstraído en su labor.

De repente, se dio cuenta de que no estaba solo y apartó la flauta de sus labios.

-Hola -sonrió.

La chica puso las rodillas sobre la hierba y luego se sentó sobre sus talones.

-Eso que tocabas es muy bonito -dijo-. Nunca había oído otra melodía igual.

-Gracias -contestó Teene-. Es el primer tiempo «En la mañana», de la sinfonía *Peer Gynt* número uno, de un tal Grieg, compuesta en el siglo XX.

-Hace cuatrocientos años -se sorprendió ella.

-Sí, más o menos. Perdona, me llamo Dagobert Teene, pero puedes llamarme Dag.

-Yo soy Ulina Kxüll, de Halyphor. ¿Qué tal, Dag? -Ella le tendió la mano espontáneamente y Teene la aceptó encantado.

-Me alegro de conocer a una extraterrestre tan simpática. Aunque el nombre es terrestre -dijo él.

-Mis antepasados son de este planeta -explicó Ulina-. Precisamente estaba buscando el cementerio donde están enterrados mis antepasados. Mi padre estuvo hace unos treinta años y me indicó el lugar donde podría encontrarlo, pero no he logrado ver nada...

-Ah, te refieres a un cementerio abandonado.

-Sí.

Teene se puso en pie.

-Ven, lo vi al pasar esta mañana... Te has confundido un poco; está a un par de kilómetros.

-Gracias, Dag. ¿Qué haces aquí, en este lugar tan solitario? Es que no trabajas?

-Precisamente estoy aquí porque me siento harto de trabajar -dijo el chico riendo-. Quiero decir que he terminado hace poco mis estudios y estoy de vacaciones. Y hago lo que siempre deseé: tres meses de vagabundo absoluto, yendo de un lado para otro, sin rumbo fijo... y tocando la flauta en las plazas de los pueblos, para conseguir algunas monedas que me permitan comer.

-Debe de ser maravilloso -exclamó Ulina, arrobada-. A mí también me gustaría hacer una cosa así, pero no puedo.

-Claro, no te dejarían tus padres...

-Oh, no, he venido sola. Yo también he terminado mis estudios y me premiaron con un viaje a la Tierra. Pero allí no se acostumbran estas cosas.

-Sí, he oído que en Halyphor las costumbres están mucho más reglamentada. Un día iré a visitar tu planeta, Ulina.

-Si lo haces, no dejes de venir a verme, Dag. Teene asintió. Ulina le contempló casi arrobada. Era un muchacho alto, fornido, de pelo muy claro, que sobresalía en mechones por debajo del viejo sombrero de tela que cubría su cabeza, y ojos de color café. Pendiente del hombro izquierdo llevaba una bolsa de tela, que contenía sus pertenencias, sin duda.

De pronto, Teene se llevó la flauta a los labios y empezó a interpretar una agradable melodía, a la vez que aceleraba el paso un poco. Ulina se acompasó con él, saltando alegremente, siguiendo el compás de la melodía. De cuando en cuando, Teene se volvía a mirarla y, sin dejar de tocar, sonreía.

Hacía una mañana estupenda, el cielo estaba muy azul, había algunas nubes blancas, la hierba era verde y las flores de brillantes colores. Cuando Teene acabó, Ulina palmoteo entusiasmada.

-¡Qué pieza tan bonita! -exclamó-. ¿Cómo se llama?

-*El Alegre Campesino,* de Strauss. Ahora, escucha esto. Se llama *Poeta, y aldeano,* de Von Suppé.

Los ojos de Ulina brillaban de un modo singular. Cuando concluyó la siguiente pieza, se detuvo y miró al muchacho.

-Me gustaría acompañarte -dijo.

-Pero ¿no tienes que volverte a Halyphor?

-Enviaré un mensaje a mis padres, por la radio subespacial. Me comprenderán... y diré que me quedo a estudiar arquitectura terrestre.

-Ah, eres arquitecto en ciernes.

-Me gusta, aunque puede que acabe en Física Superior. De todas formas, es un poco pronto... Si te acompaño, ¿qué puedo hacer yo, Dag?

-Te enseñaré algunas canciones y yo te acompañaré con la flauta. ¿Hace?

-De acuerdo. ¡Voy a pasar un verano terrestre realmente fantástico! -exclamó la chica, verdaderamente entusiasmada.

Teene sonrió. De pronto, se detuvo y señaló con la mano una porción de terreno en la que, casi cubiertas por las hierbas silvestres, se divisaban unas cuantas lápidas de piedra.

-Ahí tienes el cementerio, Ulina.

La chica se puso seria. Durante unos minutos, recorrió las tumbas una por una.

-De aquí salieron mis antepasados, hace unos ciento cincuenta años -dijo-. Los Romero y los Evanston... pero esos apellidos se han perdido, por matrimonios sucesivos con mujeres de Halyphor.

-Sí, suele suceder con los emigrantes -convino Teene.

Ulina llevaba una cámara fotográfica, con la que impresionó unas cuantas placas, después de. limpiar un poco las tumbas.

-De cuando en cuando, vendré aquí -dijo él-. Me ocuparé de que el cementerio esté en condiciones.

-Gracias, Dag- contestó Ulina, muy conmovida. Al cabo de unos minutos, reanudaron la marcha. Al atardecer, Teene empezó a enseñar canciones a la chica. Fue, como había dicho Ulina, un verano maravilloso. Recorrieron el país por todas partes y consiguieron grandes éxitos, él con la flauta y ella con sus canciones. Las relaciones entre los dos muchachos fueron de una limpieza absoluta. En ningún momento hubo por parte de Teene la menor insinuación, ningún acto

torpe, ningún gesto que pudiera herir los sentimientos de la chica. Ulina lloro como una Magdalena en el momento de la despedida.

-Procuraré venir el año próximo -dijo.

-Ya sabes dónde vivo. En cuanto me avises de tu llegada, iré a buscarte al astropuerto.

Los ojos de Ulina estaban llenos de lágrimas. Esta vez, Teene no se pudo contener y la besó. Ella no puso la menor objeción. Teene se dijo que le costaría mucho olvidar a una chica tan encantadora.

Regresó muy deprimido a su casa. «Debiera haberle dicho que la amo y que quiero casarme con ella...», pensó.

Quizá, al año próximo. Aún eran jóvenes y a él le faltaba todo un curso para terminar la carrera. Cuando llegó a casa, conectó la televisión. Se transmitía en directo la última sesión de las elecciones de los candidatos a la presidencia del continente americano.

* * *

Los aplausos habían atronado la enorme sala durante largos minutos. El discurso del candidato Hernández había sido certero, eficaz, sin retóricas innecesarias. Wedderley se sentía abrumado por la que estimaba inminente derrota.

Roxburn estaba a su lado. Se inclinó hacia él.

-Ahora te toca a ti -bisbiseó-, Vas a tener que luchar duro para conseguir tan sólo una media docena de votos. Pero, si resultas derrotado, no te desanimes. Dentro de cinco años, Hernández será un hombre acabado políticamente. Nosotros nos encargaremos de ello.

Roxburn sonrió desdeñosamente.

-Voy a derrotarlo hoy mismo -aseguró.

Y como el moderador había anunciado ya su intervención, se puso en pie.

Sonaron algunos aplausos de cortesía. Mientras aguardaba a que se hiciera el silencio, Roxburn recorrió con la vista los rostros de los

cientos de delegados de todas las provincias americanas, congregadas en aquel salón.

Su sonrisa era cortés, mesurada. Pero escondía una mente de poder sin límites.

Después de casi un minuto de silencio, pensó:

«Os ordeno que me votéis.»

Roxburn ganó las elecciones y fue nombrado cuarto presidente del continente americano.

* * *

Roxburn llegó a su casa, acompañado de una nube de periodistas, políticos y, por supuesto, agentes del Servicio Secreto, encargados de su protección. Era ya el presidente electo y lo sería efectivamente dos meses más tarde, después de la solemne ceremonia de la toma de posesión. Dagobert Teene le aguardaba en la residencia.

Pasado un buen rato, tío y sobrino quedaron unos momentos a solas. Teene estrechó la mano de Roxburn.

-Sy, eres un tío estupendo -dijo-. Has conseguido algo inimaginable.

-Supe convencer a los delegados. Mi discurso fue mejor que el de Hernández, eso es todo.

Era una mentira, pero no lo iba a decir a nadie, pensó Roxburn. Los poderes recibidos de aquella misteriosa anciana, habían surtido efecto. Y todavía no había hecho más que empezar.

-A propósito -continuó Roxburn-, tengo planes para ti, cuando termines la carrera. Quiero tenerte a mi lado...

-Ni lo sueñes, Sy. Con los debidos respetos al hermano de mi madre, la política es algo que no me atrae en absoluto.

-¡Dag!

-Ya lo has oído tío. Agradezco mucho tu interés hacia mí...

-A tu padre no le gustará.- dijo Roxburn severamente.

-Mi padre es muy comprensivo y siempre me ha dejado tomar mis propias decisiones, a menos que se tratase de asuntos gravemente equivocados. La falta de interés por la política no es precisamente una decisión errónea. Simplemente, no me gusta.

-Podrías llegar muy alto a mi lado, Dag.

-Sí, lo sé, pero la vida del político es muy sacrificada. Tú no puedes imaginarte siquiera el verano tan maravilloso que he pasado.

-Tocando la flauta y pidiendo limosna o poco menos.

-Pero libre como el viento y sin tener que depender de nadie. -Teene se echó a reír-. ¿Sabes, Sy, que he ganado más de mil doscientos «garants», limpios, después de cubrir mis gastos y los de mi pareja?

-Ah, tenías una pareja...

-Sí, una chica encantadora, de Halyphor. Yo tocaba la flauta y ella cantaba. Teníamos un éxito loco, créeme.

-He estado demasiado ocupado con mí campaña -declaró Roxburn-. No me he enterado de nada...

-Y mí apellido no es el tuyo, así que no me han relacionado contigo. Por otra parte, no había nada de inmoral en ¡o que hicimos.

Roxburn sonrió.

-Sí, la gente es muy comprensiva con ¡as parejas jóvenes -dijo.

-Te equivocas, Sy; las relaciones entre esa chica y yo han sido de una limpieza absoluta -dijo Teene muy serio.

-Perdona, Dag, no quise ofenderte. -Roxburn entornó los ojos-. Me gustaría ordenarte que trabajases en mi gabinete...

-Eso sería forzar mi libertad de tomar decisiones -cortó el chico, rápido y tajante.

La mano del nuevo presidente se apoyó sobre su hombro.

-Tienes razón. Un defensor de la libertad, como yo, no puede coartar la de otro ser humano.

-Gracias, Sy. De todos modos, si un día me necesitas verdaderamente, si estás en un apuro...

Roxburn rió fuertemente.

-Gracias, sobrino, lo tendré en cuenta y digo lo mismo.

«Podría ordenarte que trabajases conmigo, pero eres un chico excelente y no quiero estropearte -pensó-. De todos modos, y para que progreses, te cederé una parte de mis poderes.»

La puerta de la estancia se abrió. Un agente asomó la cabeza.

-Señor, le están aguardando para su conferencia de prensa -informó.

-Gracias, Ed, ahora mismo voy. -Roxburn miró a su sobrino-. Preveo que no vamos a vernos demasiado a partir de ahora. Yo tendré que abandonar esta casa, aunque tú puedes seguir en ella hasta que regresen tus padres.

-Te deseo toda la suerte del mundo en un cargo tan difícil y comprometido como el tuyo, Sy -dijo el chico.

«Será mucho más fácil de lo que te imaginas», pensó Roxburn.

CAPITULO III

Morton Wedderley entró con un tajo de papeles en las manos.

-Los nuevos nombramientos, señor presidente -anunció.

Roxburn estaba despachando con un ayudante. Este se retiró a los pocos momentos. Luego, Roxburn tomó los documentos que le entregaba el recién llegado.

Tenía un lápiz rojo en la mano. Tachó un nombre 3 escribió otro.

-Hernán Coronado será el nuevo secretario de Finanzas -dijo.

Wedderley respingó.

-El comité propone a MacMillan -exclamó.

-MacMillan es el hombre de paja del monopolio del acero. No me conviene en mi gabinete -contestó secamente Roxburn.

-Pero...

-MacMillan dejaría vacías las arcas del tesoro en un par de meses. Que robe a los clientes de su bufete, está bien, pero no pienso tolerar que robe a novecientos cincuenta millones de ciudadanos americanos. Coronado lo hará infinitamente mejor y con una honestidad absoluta.

-Tiene un programa muy avanzado...

-«Es» mi programa.

Hubo un instante de silencio. Wedderley pareció ceder.

-Bien, en tal caso, supongo que aceptará, señor presidente, el nombramiento de Massini para Seguridad.

-En Seguridad, Massini conseguiría que sé duplicase el índice de criminalidad antes de que se acabase el año. Mi Secretario de Seguridad será el coronel Pemberton.

Wedderley tenía la boca abierta.

-Massini está apoyado por el comité...

-Pero no por el presidente, que soy yo.

-¡Por todos los diablos! -estalló Wedderley furiosamente, sin, el menor respeto hacia el hombre que ostentaba la más alta magistratura de todo el continente americano-. Maldito piojoso, ¿te has olvidado que, si estás ahí, es gracias a nosotros? Podemos destruirte con sólo chasquear los dedos, ¿te enteras? ¿Qué te parecería si sacásemos a relucir el asunto de la viuda Ernsbury? A menos de una semana de tu toma de posesión, tu carrera quedaría completamente arruinada...

Roxburn no se inmutó. Reclinándose en su enorme sillón, empezó a golpearse los dientes con el cabo de su lápiz.

-Morton, tú no te encuentras muy bien del corazón, ¿verdad?

Wedderley palideció, a la vez que se llevaba la mano izquierda al pecho.

-Me duele un poco... -dijo débilmente. Roxburn se enderezó, levantó la tapa de la carpeta que tenía sobre la mesa y le entregó un

papel.

-Anuncia tu dimisión por motivos de salud -dijo-. En este papel, está la lista de mi nuevo gabinete.

-El comité...

-El comité aplaudirá mi decisión y se disolverá, por acuerdo unánime, hasta las nuevas elecciones. Eso es todo, Morton Wedderley..

-Sí, señor presidente.

Wedderley dio inedia vuelta y echó a andar hacia la puerta, arrastrando los pies.

-Ah, Morton -llamó Roxburn de pronto. Wedderley se volvió.

-¿Sí, señor presidente?

-No ha habido ningún «affaire» Ernsbury. ¿Entendido?

-Sí, señor presidente.

Al quedarse solo, Roxburn, satisfecho, encendió un cigarro. «Viejecita encantadora, dónde estás? ¿Por qué no vienes a verme?», pensó.

* * *

Dagobert Teene escuchó aquella noche los boletines informativos de la Televisión. La gente estaba sorprendida por los nuevos nombramientos gubernamentales. Sorprendida y encantada, era el comentario unánime. Ahora, decían los periodistas, iba a emprenderse de veras una lucha a muerte contra la corrupción. Los monopolios no podrían derrotar al nuevo presidente, no le manejarían a su antojo, como a sus predecesores.

Incluso el poderoso presidente del monopolio del acero, Herbert van Kjann, había declarado que los nombramientos eran absolutamente acertados y que él, y sus subordinados, serían los primeros en someterse a las leyes.

Muchos se sentirían escépticos, pensó Teene. Eran unas

declaraciones de puro compromiso. Luego, subterráneamente, Van Kjann y los suyos volverían a las andadas y el presidente del continente bailaría al son que ellos le tocasen. Pero el chico presentía que Roxburn acabaría por salirse con la suya. ¿No habían logrado derrotar al omnipotente comité del partido?

-Parece como si alguien le hubiese conferido el poder de conseguir todo lo que quiere -se dijo.

Meneó la cabeza.

-Lástima que yo no tenga ese poder. Haría que Ulina volviese a la Tierra...

Estaba enamorado de la halyphorniana. En cuanto acabase la carrera, iría a verla y...

De pronto, sintió sed. La imagen de una jarra de cerveza, fresca, rebosante de espuma, se representó en su mente.

Y la jarra se hizo visible y tangible sobre la mesa que tenía al lado.

Teene parpadeó. Luego se levantó, fue al baño y se mojó la nuca largamente. Sacó unos cubitos de hielo, los puso en un paño y se los aplicó a la cabeza.

Cuando se convenció de que estaba despierto, volvió a la sala.

La jarra de cerveza estaba allí, aunque, lógicamente, la espuma había menguado un tanto.

-¿De dónde diablos he sacado yo estos poderes? -se preguntó.

Hacía algunos meses era un tipo absolutamente negado para la música. Ciertamente, conocía el pentagrama, pero tenía un oído desastroso. Luego, de la noche a la mañana, se había convertido en un virtuoso de la flauta, hasta el. punto de que, dos días antes, le había sido ofrecido un puesto de solista en la Sinfónica Triamericana. Pero no había querido aceptar, pese a la magnificencia del sueldo, porque pensaba que ello podía coartar su libertad de acción.

-Primero la flauta, ahora la cerveza...

Por un instante, pensó en Ulina, pero rechazó la idea en el acto. No, en absoluto; si la chica venía a él, tendría que ser por su propia voluntad y no por el influjo de los deseos de su mente.

Bebió lentamente el contenido de la jarra. Al terminar, sintió hambre. En aquellos momentos, le apetecía un buen trozo de carne asada, pierna de cordero, concretamente. Pero, por lo que sabía, la cena iba a tener un menú muy distinto.

A los pocos minutos, el ama de llaves de su tío, que continuaba en la residencia privada, le anunció que la cena estaba preparada. Teene acudió al comedor y vio sobre la mesa una hermosa pierna de cordero.

-Martha, tenía entendido que había pescado esta noche para la cena -observó.

-¿Pescado? Usted me dijo que quería cordero asado, señorito.

Teene no hizo el menor comentario. Algo estaba sucediendo. Su mente; incluso era capaz de influir en otras. Y no le gustaba. Tendría que autoeducarse para conseguir las cosas por sus propios méritos.

Se preguntó si habría sufrido alguna mutación genética. En los últimos años, había oído hablar bastante de casos de personas con mentes poderosas. Pero nunca, sin embargo, hasta el punto de hacer surgir una jarra de cerveza en un sitio donde no había nada... ni de convertir un pescado en salsa en una pierna de cordero asada... o de transformarle súbitamente en un virtuoso de la flauta.

Tendría que andarse con mucho cuidado, se dijo.

* * *

Transcurrió un año.

De Ulina no había noticias. Para Teene, ya un flamante abogado, la chica empezaba a convertirse en un recuerdo agridulce, que se desvanecía lentamente a medida que pasaban los días y los meses.

El gobierno del presidente Roxburn era cada vez más eficaz. Sus ministros eran honestos y competentes. Disminuía el índice de criminalidad. Las finanzas mostraban indicios de superávit. Ya nadie se acordaba de Hernández, ni de Wedderley, ni de MacMillan o de Massini...

-Lo está haciendo bien, diablos -reconoció Teene. Y como había

llegado el verano, decidió reanudar la tradición iniciada el año anterior. Aunque esta vez, vagabundeó solo.

Tuvo varias aventuras amorosas. Fue un verano muy agradable. Al llegar septiembre debía volver a su bufete.

Pero le fastidiaba enormemente sujetarse a una tarea que estimaba aburrida, cuando no estéril. Había demasiados abogados en el país. ¿Por qué hacerles la competencia?

Años atrás, le había gustado mucho el dibujo. Probó.

Cuatro semanas más tarde, había pintado media docena de cuadros de factura realmente interesante. Entonces decidió construirse un estudio en el campo.

-¡Al diablo con las leyes! -se dijo.

Sus padres habían vuelto ya de sus exploraciones arqueológicas extraterrestres y, aunque no les gustaba demasiado el cambio de profesión, accedieron a proporcionarle el dinero suficiente para la construcción de su estudio, sobre lodo, después de que un renombrado crítico de arte contemplara los cuadros y diera su opinión sobre el particular.

-Puede llegar a ser el mejor artista de todos los tiempos -dijo, sin el menor énfasis.

Teene hizo construir el estudio en las inmediaciones del viejo cementerio, sobre una colina que dominaba el pequeño valle, por cuyo centro pasaba el riachuelo. Había unos paisajes encantadores.

Trabajó durante todo un año. Hizo una exposición, que fue un éxito de público y de crítica. Los compradores se peleaban por quedarse con una de sus pinturas. El presidente le invitó un día a cenar con él, en su residencia oficial. Con sus padres, claro.

La cena resultó muy agradable, salvo al final, en que se produjo un ligero incidente.

-Hay algo que no me gusta, Sy -dijo el muchacho.

-De mi política, supongo -sonrió Roxburn.

-Claro. Pero somos parientes y puedo hablarte con franqueza, me imagino.

-A ti no te voy a decir otra cosa distinta de la que digo a los demás. Soy franco y exijo franqueza y claridad. Habla, Dag.

-Se trata de Hwaerts, el nuevo subjefe de policía para las provincias del Norte.

Roxburn enarcó las cejas.

-¿Qué pasa con Hwaerts? -exclamó-. Es un hombre muy competente...

-Excesivamente duro y aficionado a coartar a la gente.

-Nunca actúa de modo que pueda vulnerar las leyes.

-Las vulnera con tal habilidad, que nunca se le puede pillar con las manos en la masa, tío.

-Dag -intervino el señor Teene-, no trates de indicar su política al presidente. Yo también pienso que el nombramiento de Hwaerts es sumamente acertado.

-Ojalá que no tengas que lamentarlo algún día, papá.

-¡Hijo! -exclamó la señora Teene-. ¿Qué formas de hablar son ésas?

Roxburn sonrió.

-Dejadle -pidió-. Es joven y, por lo tanto, impetuoso. Tiene completo derecho, no sólo a criticar mis decisiones, sino también al subjefe que acabó de nombrar.

-El riesgo es tuyo, Sy -dijo Teene, tozudo.

-Esta provincia andaba últimamente algo revuelta. Se necesita una mano firme. La mayor parte de la gente aprueba el nombramiento, como tus padres -manifestó el presidente.

-Muy bien, ojalá sea como deseas. Sy, lamento haberte molestado.

-¡Por Dios, muchacho, qué cosas dices! -rió Roxburn-. No me has molestado en absoluto; antes al contrario, me ha gustado muchísimo tu criterio independiente y sincero. Pero yo conozco bien a Hwaerts y sé que cumplirá como los buenos.

-Amén -dijo el chico con sorna.

Una semana más tarde, Roxburn pronunció un discurso en el momento de la entrega de diplomas a los nuevos patrulleros del espacio. A Teene no le gustó en absoluto el tono del discurso. Demasiada belicosidad, por un planeta situado a ciento ochenta y nueve años-luz, deshabitado, aunque con grandes riquezas, y cuya propiedad por parte de la Tierra era, por lo menos, discutible. El nombre del planeta era Qüeddin y había otro gobierno planetario, el de Starphax, que pretendía también la propiedad de Qüeddin, basándose en el derecho de descubrimiento. Roxburn dijo claramente que el gobierno de Starphax estaba compuesto por una banda de mentirosos y que el presidente de la Tierra debía hacer algo para meterles en cintura y evitar que se quedasen con lo que no era suyo. El discurso fue muy aplaudido.

Roxburn, sin embargo, fue parcialmente desautorizado por el presidente terrestre. Aunque no lo dijo con claridad, el discurso de Roxburn no le había gustado nada y añadió qué el contencioso de la propiedad de Qüeddin se resolvería mediante negociaciones y jamás con el uso de la fuerza.

La popularidad de Roxburn bajó notablemente, pero volvió a recobrar la confianza de su pueblo, cuando, al año siguiente, pudo anunciar una sustanciosa reducción en los impuestos. El presupuesto se había saldado con amplio superávit, había alimentos de sobra, la sanidad continental era mejor que nunca y el índice de criminalidad había decrecido considerablemente... Era el más bajo de la Tierra y en los pueblos de otros continentes se empezaba a desear ya que Roxburn se presentase para las elecciones mundiales.

CAPITULO IV

La mujer gemía y suspiraba ardientemente.

-Mátame, querido... Así... Oh, mi vida... cómo me haces gozar... Eres infinitamente viril... Más, más...

El orgasmo sobrevino estallante para la pareja. Al cabo de algunos momentos, Teene abandonó la cama.

-Ha sido estupendo -sonrió. Ella le tendió las manos.

-Vuelve, amor -dijo. Teene empezó a vestirse.

-Tengo trabajo -mintió.

De pronto, se oyó ruido en las otras habitaciones. Teene volvió la cabeza.

-¿Qué pasa?

Ella se puso una mano sobre la boca.

-¡El! -exclamó-. No le esperaba...

-Maldición, podías haberlo dicho -gruñó el joven, a quien no le gustaba en absoluto las complicaciones que podían sobrevenir del encuentro con un marido burlado.

Lo peor de todo era que estaba en un trigésimo octavo piso, por lo que la escapatoria a través de la ventana era imposible. Y Teene no tenía vocación precisamente de alpinista urbano.

Los ruidos se repitieron. Una voz colérica bramó:

-¡Ellie May! ¿Dónde diablos te has metido?

El marido engañado se iba acercando. De pronto, Teene se acercó a la ventana.

Había una solución, se dijo. En los últimos tiempos, había comprobado sus poderes, que podían alcanzar cosas imposibles para la mayor parte de los humanos. La ventana era grande y se puso en pie en el alféizar.

-¡Adiós, Ellie May! -se despidió.

La mujer lanzó un grito horroroso al verle lanzarse al espacio. El esposo abría la puerta en aquel momento.

-Ah, traidora...

Ellie May juzgó prudente desmayarse. Su marido corrió hacia la ventana, disfrutando por anticipado con el bello espectáculo del amante estrellándose contra el suelo, ciento treinta metros más abajo.

Pero Teene no caía. Volaba.

Volaba como los pájaros, moviendo los brazos, como si fuesen alas de verdad. El esposo de Ellie May vio aquel indescriptible espectáculo y se derrumbó al suelo.

Teene siguió volando. Era muy bueno, moverse libremente en el aire, como las aves, sin sentir trabas, sintiendo en la cara la frescura del viento. De pronto, paso junto a un aerotaxi.

El conductor le miró distraídamente un instante y luego volvió a su ocupación. Detrás de él, una pasajera chilló.

-¡Un hombre que vuela!

-Sí, señora...

Repentinamente, el taxista perdió los mandos y el aparato se lanzó hacia la tierra. Al cabo de unos instantes, pudo recobrar el sentido y hacerse de nuevo con el gobierno del aparato, que hizo posarse en el suelo en cuanto tuvo ocasión. Se apeó, completamente mareado, y miró hacia arriba.

-Voy a que me hagan un reconocimiento psiquiátrico. Debo de estar chiflado. Los hombres no vuelan como los pájaros.

Pero Teene seguía volando. Un poco más allá, los dos componentes de un aeromóvil de patrulla le vieron moverse con toda facilidad.

-Tú, mira, ese tipo vuela.

-Claro, y nosotros también.

-Pero él no lleva nada y nosotros estamos dentro de un aeromóvil.

El piloto volvió la cabeza.

-¡Jesús!

-Acércate -gruñó el otro-. Vamos a ver qué truco se saca ese tipo para demostrarnos que vuela sin nada más que mover los brazos.

El vehículo policial se situó junto a Teene. La ventanilla lateral se abrió.

-Eh, oiga, ¿qué diablos hace usted ahí? -preguntó uno de los policías, a voz en cuello.

Teene volvió la cabeza y sonrió.

-Ya lo ven, vuelo -contestó.

-Eso es imposible.

-Tengo licencia para volar personalmente, sin aparatos, pero me la he olvidado en casa -contestó el joven muy serio-. Dispensen, voy con un poco de prisa.

Aceleró el movimiento de sus brazos y salió disparado. El piloto del aeromóvil de patrulla cerró los ojos.

-Mac -dijo.

-¿Sí, Eddie?

-No repitas a nadie esto que hemos visto. No nos creerían, ¿entiendes?

-Descuida, Eddie. Yo tampoco me lo creo.

Se oyó un gruñido. Mac volvió la cabeza. Eddie se había desmayado.

Unos minutos después, Teene describió una elegante curva y se posó en el suelo, a poca distancia de su casa. Flexionó las piernas y comprobó que se encontraba en magníficas condiciones. Luego levantó la vista a las alturas.

-¿He venido volando? -dudó de sí mismo.

La distancia hacia la casa era mínima y continuó su camino a pie. De repente, al volver una esquina, se tropezó con una pareja de guardias uniformados.

-Eh, ¿adonde va usted? -preguntó uno de los agentes con notoria falta de cortesía.

-A mi casa, claro -contestó Teene.

-¿Lleva la documentación? -inquirió el otro policía.

Teene apretó los labios y sacó su billetera.

-Sí, la llevo, pero antes no pasaban estas cosas...

-Son órdenes, señor -dijo el guardia secamente.

-¿De Hwaerts?

-No creo que eso le interese mucho, amigo.

-Señor guardia, su sueldo lo pago yo, junto con miles de ciudadanos más. Por tanto, si ustedes tienen derecho a pedirme la documentación, yo también tengo derecho a preguntar quién ha dado estas nuevas normas. Son las seis de la tarde, no es de noche, no tengo aspecto de haber robado a nadie, voy a mi casa, que es un domicilio conocido...- Teene recobró su billetera de un manotazo-. En resumen, que lo que han hecho ustedes es absolutamente ilegal.

-Oiga, si sigue así, puede verse en un compromiso -gruñó el policía que llevaba la voz cantante.

-No nos gustan los leguleyos ni los sabihondos -añadió el otro.

Teene se fijó de pronto en un detalle.

Los guardias llevaban porras. Era un instrumento que había sido desechado hacía más de un siglo. Salvo en casos muy precisos, los policías no! usaban armas de ninguna clase. Habían llegado a convertirse prácticamente en servidores del público. Pero ahora...

Sus presentimientos acerca de Kwaerts empezaban a cobrar cuerpo.

-Está bien, me marcho -dijo.

-No tan de prisa, amiguito. Vamos a llevarle a la comisaría. Queremos hacerle algunas preguntas -dijo uno de los policías.

-¿Por qué? No he cometido ningún delito...

-Andando, bastardo -gruñó el otro agente.

Y sacó su porra, pero, de repente, se encontró que no podía sostenerla. La porra había aumentado de tamaño, hasta convertirse en algo muy parecido a un poste de telégrafos. Incapaz de sostenerla, cayó por tierra.

Su compañero sacó también la porra, pero se encontró con que. tenía en la mano una serpiente de más de tres metros de largo. Chilló aterrado, soltó el reptil y echó a correr.

El otro seguía con el poste en las manos, pegado a él. Teene le dirigió un burlón saludo y continuó su camino.

Momentos después entraba en casa. Martha, el ama de llaves, le miró con cara de reproche.

-¿Qué quiere para cenar hoy? -preguntó-. Nunca sé lo que va a salir

del horno. Meto carne y sale pescado; meto pescado y salen huevos al plato... Mi cabeza no rige, señorito...

Teene pasó su brazo por los hombros del ama de llaves.

-Mi buena Martha, no se aflija -dijo-. La culpa es solamente mía.

-No, es mía...

-La culpa es mía -insistió él-. Por ahora no puedo explicarle más, pero... dígame qué tenía pensado poner en la cena de esta noche.

-Po... pollo... a... asado...

-¡Habrá pollo asado!

Mientras cenaba, pensó intensamente en el incidente ocurrido con los guardias. ¿Qué pretendía Kwaerts? ¿Por qué ese inexplicable endurecimiento de la policía?

Hablaría con su tío, se propuso.

Pero aquellos propósitos se vieron frustrados, durante largo tiempo. El presidente estaba siempre muy ocupado para poder recibir a su sobrino predilecto. Teene empezó a pensar que algo no marchaba bien en el país.

Respecto a sus poderes, los tomaba como algo natural y no hacía uso de ellos, sino en circunstancias muy extraordinarias. En la mayor parte del tiempo, sut comportamiento era absolutamente corriente.

* * *

El mandato presidencial de Symon Roxburn estaba a punto de agotarse. Había conseguido enormes éxitos y su popularidad era inmensa, a pesar de algunas objeciones formuladas por sus adversarios políticos. Lo que más se le reprochaba era cierta dureza de la policía, cuyos efectivos habían sido aumentados considerablemente. Pero, prácticamente, la delincuencia había desaparecido y esto era algo que tenía muy en cuenta el ciudadano medio. Se sufrían algunas molestias en ocasiones, era cierto, pero valía la pena, por la sensación e seguridad y confianza que se sentía en todas partes.

Teene seguía en su casa del valle. Su fama como pintor aumentaba de día en día. Estaba a punto de cumplir los veintisiete años y era hombre solicitado en todos los ambientes. Realmente, se sentía feliz, a pesar de algunas nubes en su cielo particular.

La campaña para la presidencia de la Tierra había empezado hacía mucho tiempo. Ya se habían celebrado as primeras elecciones, para designar a los delegados que elegirían a los candidatos. Roxburn, a pesar de su popularidad, no era el más destacado en la carrera por el cargo. Hsu-Li, el presidente de China, parecía ser el las indicado, seguido a muy corta distancia por Roer Kwamba, presidente africano. El presidente europeo ba a la cola, precedido inmediatamente por el australiano y el americano.

Todos los candidatos, en general, habían basado sus programas electorales en la paz y en la prosperidad y en la no injerencia en los asuntos internos de otros planetas. El único que no había hecho mención especial en el asunto era Roxburn.

Teene seguía la campaña electoral con el lógico interés, por tratarse de su tío. Al mes próximo, se celebraría a convención mundial de delegados, en donde se elegiría al presidente de la Tierra. La elección y el final de u mandato como presidente del continente americano, resultarían coincidentes en el tiempo.

Para presidente americano, Roxburn había propuesto Cristopher Kwaerts.

La proposición había sido aceptada, sin apenas discusiones. Kwaerts, por tanto, sería el nuevo presidente de América, desde las tierras árticas hasta el Cabo de Hornos.

CAPITULO V

Dagobert Teene estaba con la vista fija en el televisor y la boca abierta de par en par.

Era algo increíble. Roxburn había conseguido más del ochenta por ciento de los votos. Era el nuevo presidente de la Tierra.

Teene se pasó una mano por la cara. Todos los comentarios políticos oídos la víspera y en los días anteriores habían sido producto

de mentes calenturientas, se dijo. Como profetas, aquellos periodistas no eran capaces de vaticinar siquiera en qué día caería la Navidad próxima.

Las sesiones de la convención, así como las votaciones, habían sido públicas, retransmitidas por la televisión mundial. No había habido engaños, no se habían producido fraudes ni se podía hablar de «pucherazo» electoral. Todos los delegados habían pronunciado en voz alta el nombre del candidato que estimaban debía ser elegido como presidente.

De seiscientos delegados, Roxburn había conseguido cuatrocientos noventa y un votos. Treinta y nueve habían mantenido la boca cerrada, lo que indicaba abstención.

Los setenta delegados restantes habían pronunciado diversos nombres. Ninguno de los restantes candidatos, sin embargo, había sido capaz de hacer la menor sombra al elegido.

-Ahora -se dijo Teene-, sólo falta que nombre a su gabinete. Veremos quiénes son los elegidos.

Los nombres de los ministros se supieron pocos días más tarde. La opinión pública se tranquilizó. Todos eran hombres honestos y competentes, ninguno de ellos ligado a camarillas o grupos de presión. El nuevo presiente había declarado desde el principio que no permitiría jamás que nadie, sino el pueblo que le había elegido, presionase sobre él. Cinco años de mandato en el continente americano avalaban sus palabras.

Pero Teene no se sentía tranquilo del todo. Ciertamente, la gestión de Roxburn había sido de una honestidad absoluta. Los casos de corrupción que se habían dado, fueron inexorablemente castigados y sin la menor duda en cuanto a la publicidad, como tampoco se había intentado sugerir algo que muy remotamente pudiera parecerse a la censura, tanto de la letra impresa, como de la radio o TV.

Entonces, si Roxburn no ambicionaba convertirse en un hombre rico, mediante la política, ¿qué pretendía?

Para ciertas clases de personas, pensó Teene, había algo que valía infinitamente más que todos los tesoros del mundo, algo muy superior a una fortuna monetaria.

El poder.

Y su tío estaba ahora en la cúspide del poder terrestre.

Sin embargo, ese poder estaba limitado por la Asamblea de los pueblos terrestres.

Teene presentía que Roxburn acabaría haciendo de la Asamblea el objeto de sus deseos, el dócil instrumento que le serviría para instaurar un poder absoluto, como jamás lo había tenido hombre alguno, desde que empezara la Historia de la Humanidad.

* * *

Algunos meses más tardé, Teene recibió una visita inesperada en su casa-estudio del valle.

Teene se quedó atónito al ver el aspecto de envejecimiento que ofrecía Morton Wedderley. Seis años atrás, aquel hombre, robusto como un castillo y con una mente privilegiada y un carácter de hierro, parecía dispuesto a comerse el mundo entero.

Ahora tenía el pelo enteramente blanco y la piel de su cara y su cuello colgaba en fláccidos pliegues. Las manos le temblaban a veces. Wadderley debía de tener cincuenta años, pero aparentaba treinta más.

Teene se sorprendió muchísimo de la visita y ofreció caté a Wedderley, que lo rechazó con triste sonrisa.

-Ya no puedo beber más que agua -declaró-. Antes me tomaba media botella de un trago y se quedaba tan campante. Ahora, un par de gotas de licor suave serían suficientes para hacerme caer fulminado.

-Hay buenos médicos...

-Los médicos no pueden hacer nada en mi caso, muchacho. Tengo el corazón hecho unos zorros. -De pronto, Wedderley pareció animarse un tanto-. Dag, he venido a verte, porque creo que eres el último recurso que nos queda.

-No entiendo -dijo el joven.

-Yo fui el que realizó la campaña para tu tío. Francamente, creí que

ganaría Hernández, pero me equivoqué. Sin embargo, celebré la equivocación... porque ello iba a permitirnos ciertas cosas... También me equivoqué. Tu tío se mostró irreductible y no aceptó presiones de nadie.

-Lo sé. Eso le consiguió muchas simpatías, reconózcalo.

Wedderley asintió.

-Lo admito -dijo-. Pero... en la última convención, consiguió la victoria por un margen abrumador Ahora es el Presidente de la Tierra.

-Un buen presidente, me parece.

-Por el momento. ¿Sabes?, sé que piensa apoyar las elecciones en distintas presidencias regionales: China Australia, África, Europa... Todos los candidatos son hombres prácticamente desconocidos en política. Teme que acaben convirtiéndose en sus marionetas.

-¿Puede hacer una cosa así? -preguntó el joven.

-No es muy ético; un presidente mundial debería mostrar imparcialidad, pero otros lo han hecho antes que él y no se le puede culpar. Lo que me preocupa es la identidad de los candidatos. Son prácticamente desconocidos para la masa. Había otros con mayores merecimientos.

-¿Tiene eso algo de malo? -sonrió Teene-. Al menos, a los nuevos candidatos, no se les podrá acusar le corrupción.

Wedderley hizo un gesto de desesperación.

-Ojalá fuesen hombres corruptos, pero conocidos -contestó-. Al menos, sabríamos a qué atenernos... Kwaerts le sustituirá en el continente americano y tú sabes de su dureza como jefe de Seguridad.

-Sí, pero también ha llevado la tranquilidad a las calles.

-A costa de limitar muchas veces las libertades individuales. Tu tío empezará ahora a aplicar el plan Kwaerts de Seguridad interior Mundial, pero, claro, tendrá que hacerlo cuando los nuevos presidentes sean hombres de su confianza.

-Y tendrá que contar con la Asamblea mundial.

-Dag, ¿qué es, qué tiene tu tío? -dijo Wedderley, «rotundamente intrigado-. Recuerdo la convención que lo eligió para candidato...

Hernández tenía que barrerle, él fue el barrido... Yo hablé luego con él, cuando ya era presidente, a fin de pasarle la factura y conseguir limos cuantos nombramientos para gentes adictas... No, no te escandalices, eso es la política: así ha sido siempre y siempre será así... Pero él me hizo salir del despacho como si yo fuese un débil pajarillo y él un domador, al que le basta agitar un bastoncillo, para que las fieras le obedezcan instantáneamente... Todos nos sometimos mansamente a sus órdenes; el monopolio del acero ni siquiera intentó atacarle... Había un asunto turbio en la vida de tu tío, la viuda Emsbury... Nadie osó sacarlo siquiera a la luz y habría destrozado su carrera política...

Wedderley jadeaba. Teene le miró con inmensa simpatía.

-Parece como si hubiese conseguido un poder superior al de todos nosotros -continuó el visitante-. ¡No sé de dónde ha podido conseguir esas facultades, pero si es cierto lo que yo sospecho... ¡Que Dios salve a la Tierra, porque tu tío la conducirá a la catástrofe!

El joven se sintió muy impresionado por aquella palabras.

-Hombre, señor Wedderley, no será para tanto. En medio de todo, es preciso reconocer que tiene un balance muy positivo a su favor.

-Eso es lo malo precisamente, porque la gente lo adora y hará cualquier cosa que él desee. Y entonces cuando sobrevenga la catástrofe, ya será demasiado tarde. Porque si persiste en sus ideas, y fue el único candidato que no se ocupó apenas del asunto, podemos tener una guerra interplanetaria con Starphax, por causa de Qüeddin. Habría miles de millones de víctimas.

Era evidente que Wedderley se sentía muy acongojado y que, no sabiendo a quién acudir, había ido a visitarle, pensó Teene.

-Le diré una cosa, señor Wedderley. La verdad es que hace más de tres años que no lo he visto, pero ahora intentaré por todos los medios que me reciba. Entre él y yo ha existido siempre una gran franqueza Algo le sacaré. Cuando lo haya visto, iré a visitarle a usted. ¿Le parece bien?

Wedderley hizo un esfuerzo por sonreír.

-Dag, te diré una cosa. El día en que rompimos en su despacho presidencial, él me dijo que debía cuidar mi corazón. Jamás había estado enfermo hasta entonces, salvo las cosas propias de los niños... pero, partir de aquel momento, ya no he vuelto a ser el mismo.

Roxburn deseó mi enfermedad, y estoy enfermo, ¿lo comprendes?

Teene asintió en silencio. Sí, lo entendía perfectamente.

El presidente de la Tierra ofrecía un aspecto magnífico. Alto, fornido, atlético, de pelo oscuro, ojos claros y tez muy tostada, era la viva estampa de la salud y de la vitalidad. Cuando el visitante entró en su despacho consultó su reloj un instante y luego avanzó con los brazos abiertos.

-Dag, muchacho, qué alegría verte de nuevo -exclamó-. Oye, estás hecho un hombre...-Le guiñó un ojo-. Sé que no te has casado, porque ya habría asistido a la boda, pero no me negarás que has tenido que hacer muchas conquistas, ¿eh?

-Psé, algunas... -dijo Teene, emitiendo una sonrisa de circunstancias.

-Tengo dieciséis minutos enteramente para ti -dijo Roxburn-. He de asistir luego a la apertura de la sesión legislativa en la Asamblea mundial y pronunciar un discurso muy importante. Pero he cancelado todos mis compromisos por recibir a un artista ya famoso.

-¿Qué puedo hacer en tu obsequio?

Teene le miró fijamente.

-Tío, antes hablábamos con toda franqueza -dijo.

-Lo sé. Ahora quiero que sigas esa vieja costumbre.

-Entonces, dime, ¿cómo has conseguido llegar hasta aquí?

Hubo un instante de silencio. Luego, lentamente, Roxburn dijo:

-A otro no se lo diría, no se lo he dicho a nadie Mamas, pero poseo una facultades extraordinarias. Algo de eso sabes tú, me parece.

-Un poco, en efecto. ¿Eres un mutante psíquico?

-¿Mutante? -Roxburn echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír estrepitosamente-. ¡Qué absurdo!

De pronto, se puso serio y dio un par de paseos en su enorme despacho.

-Puedo hacer todo lo que se antoje -añadió a los pocos momentos-.

Incluso ceder parte de mis poderes, como hice contigo.

-Yo no los quiero...

-Los tienes ya, no los puedes rechazar. Naturalmente, eres muy inferior a mí... Dag, no me gustaría que te interpusieras en mi camino. -La voz de Roxburn se había vuelto repentinamente ominosa, claramente amenazadora-. Sigue tú el tuyo y lo pasarás bien y tu vida se prolongará durante muchísimos años. ¿Está claro?

-¿Cómo ganaste la primera elección, cuando derrotaste al candidato Hernández?

Los ojos de Roxburn emitieron un brillo singular.

-Deseé que todos los delegados me votasen, salvo los indispensables para que la cosa quedare decente... ¡y me votaron!

-Por tanto, ha sucedido lo mismo en las siguientes elecciones.

-Exacto.

-Y seguirá así...

-Así seguirá.

-Acabarás convirtiéndote en un dictador mundial.

La mano de Roxburn se apoyó pesadamente en el hombro de su sobrino.

-Dag, vive tu vida -dijo-. No te preocupes de mí; la gente me quiere y está contenta con mis procedimientos políticos.

-Estoy por pensar que si yo ahora saliese a la calle y divulgase la verdad, me tomarían por loco.

-No, no harás nada, Dag.

-Porque tú no quieres que yo lo haga.

-En efecto.

-Puedes conducir a la Tierra a una gran catástrofe, si persistes en tus ideas sobre Qüeddin.

Roxburn volvió a reír.

-Te aconsejo que escuches mi discurso en la sesión de apertura de la Asamblea -contestó-. Por cierto apostaría algo a que has venido aquí porque alguna persona te ha sugerido...

-Wedderley -dijo el joven sin pestañear.

-Pobre hombre... está muy enfermo del corazón Morirá pronto.

Teene sintió un frío horrible al escuchar aquellas palabras.

-¿Deseas que muera, Sy? -preguntó.

-¿Yo? ¿Desear que muera un hombre que no puede hacerme el menor daño? -Roxburn hizo un gesto desdeñoso-. No tengo la culpa de su debilidad cardíaca.

-Era un hombre sano. Tú le dijiste que padecía del corazón. Está enfermo desde entonces.

Roxburn consultó su reloj.

-El tiempo se acaba, Dag -dijo fríamente-. Por supuesto, no repetirás a nadie lo que acabamos de hablar.

-Por mi discreción o porque tú me lo ordenas? Sobrevino un instante de silencio. Los ojos de Roxburn estaban clavados en el rostro del joven. Teene creyó sentir dos dardos de fuego que hurgaban en el interior de su mente con inaudita ferocidad. Y, en aquel instante, lo comprendió todo.

-Porque yo te lo ordeno -dijo al fin el presidente de la Tierra.

* * *

El discurso en la sesión inaugural del período legislativo fue muy aplaudido por todo el mundo. Fue una pieza magistral, hubo de reconocer Teene, muy a su pesar.

Probablemente, el pasaje más aplaudido fue el relativo a las relaciones con otros planetas. Roxburn dijo todo lo. contrario de lo que había sostenido hasta entonces:

-...y en cuanto a Qüeddin, ofrezco mi leal colaboración al gobierno

de Slarphax para la solución de este conflicto, que hace difíciles las relaciones entre los dos planetas desde hace mucho tiempo. Nada peor que una guerra, por muy valioso que pueda ser el botín conseguido. Yo no podría perdonarme siquiera el llanto de una sola madre, por la pérdida del hijo querido en un conflicto bélico... y habría millones de madres que llorarían a sus hijos, si estallase esa guerra. Todas las riquezas que contiene Qüeddin no valen una sola vida terrestre o starphaxiana. Por tanto, mi interés, a partir de este momento, está en la mesa de las negociaciones. Iré a negociar adonde sea, a pecho descubierto, sin el menor ánimo belicoso, pero contando con el apoyo moral del pueblo terrestre, que es mi pueblo... y con los millones de madres, esposas y novias, que no tendrán que llorar porque los hombres vayan a la guerra. Esas serán mis únicas armas y, espero, el gobierno de Starphax sabrá entenderlo así y se avendrán también a la negociación pacífica y amistosa.

Fue una pieza maestra y los aplausos duraron largo rato. Los que temían un conflicto interplanetario desecharon sus temores y respiraron aliviados. Posiblemente, el único que se sintió triste en todo el planeta fue Dagobert Teene.

Teene recordaba perfectamente la prohibición de su tío. Sabía que no había causado efecto en él, pero, ¿de qué serviría que desvelase el más horrible de los secretos? ¿Quién le creería?

Dos días después, recibió un telegrama. La señora Wedderley le anunciaba la muerte de su esposo, producida a causa de un fallo cardíaco.

CAPITULO VI

Las negociaciones con Starphax resultaron todo un éxito El gobierno terrestre cedió considerablemente en sus pretensiones. Starphax también cedió, con lo que ambos planetas se repartieron el otro. Había para todos, dijo públicamente el presidente mundial, Symon W. Roxburn. Sin embargo, la Tierra se llevaría dos tercios de los beneficios, mientras que Starphax se quedaría con el tercio restante.

En las elecciones a gobiernos continentales, triunfaron todos los candidatos apoyados por Roxburn. Teene se sentía pasmado. En poco más de siete años, su tío había conseguido un poder inmenso. Las

débiles objeciones que se formulaban a su tarea política, quedaban acalladas por los continuos éxitos que obtenía.

Un día, alguien lanzó la idea de proponer a Roxburn como presidente vitalicio. El propio Roxburn rechazó indignamente la propuesta.

-He sido elegido por el pueblo y me debo al pueblo -declaró a los periodistas-. Las leyes me permiten una sola reelección y, naturalmente, me presentaré a las elecciones cuando termine mi mandato legal; pero no aceptaré que nadie me considere como *leader*vitalicio de mi planeta.

«Mentira, mentira y mentira. Cuando llegue el momento, la Asamblea mundial, como un solo hombre, te nombrará presidente vitalicio», pensó Teene.

Y, ¿qué vendría después? ¿Qué ambicionaría Roxburn cuando hubiese conseguido sus deseos? ¿Se conformaría con ser el amo del planeta... o ambicionaría más poder todavía... sobre otros mundos?

Por aquel entonces, se habían iniciado las discusiones sobre un nuevo tratado comercial con Halyphor. Al oír aquel nombre, Teene sintió una aguda punzada en el pecho.

¿Qué habría sido de Ulina? Estaría ya casada, tendría unos cuantos niños...

El tratado comercial se aprobó por fin y muchos consideraron que no resultaba ventajoso para la Tierra, ya que, parte de los beneficios obtenidos en Qüeddin, irían a parar a Halyphor. Teene no se explicaba bien la blandura mostrada por el gobierno de Roxburn en las negociaciones.

Entonces, cierto día, después de una larga sesión de trabajo, decidió darse un paseo por el valle. Llevaba mucho tiempo sin hacer una cosa y sacó la flauta de su funda.

Cuando llegaba a las inmediaciones del arroyo, oyó el sonido de otra flauta.

Se puso rígido.

El flautista interpretaba una pieza que él conocía muy bien: «En la mañana», de la *Suite Peer Gynt,* Número 1, de Grieg. Estaba al otro lado de unos arbustos y Teene dio la vuelta para conocer al músico.

Creyó que se le doblaban las piernas, pensó que estaba soñando... Pero, de pronto, reaccionó y se unió en la música a la hermosa joven que estaba sentada al pie de un árbol. Mientras tocaba, sus ojos devoraban la esbelta figura de Ulina Kxüll.

De repente, dejó caer la flauta. Ulina se puso en pie.

-Dag...

-Ulina...

Las manos se unieron. Ulina era ahora una espléndida mujer, en pleno desarrollo físico, tan apetecible como un fruto maduro. Pero Teene no sentía ningún torpe deseo hacia aquella hermosa joven.

-Oh, Dios mío, me parece un sueño...

De pronto, sin poder contenerse, la abrazó. Ella correspondió cálidamente, aunque no llegaron a besarse, y permanecieron estrechamente unidos durante largo rato, sin hablar, sintiendo cada uno los latidos del corazón del otro. Cuando, al fin, se separaron, Teene vio lágrimas en los bellos ojos de la muchacha.

-Ulina, no te esperaba...

-Yo tampoco creí volver jamás a la Tierra -dijo ella-. Hubo un tiempo en que me prohibieron abandonar Halyphor.

Teene la miró extrañado.

-¿Política? -preguntó.

-Algo por el estilo... Me ha costado mucho salir...

-Yo llegué a olvidarte...

-No te lo reproches; tenía que ser así -dijo Ulina dulcemente-. Dag, tenemos que hablar... Oh, me olvidaba; he visitado el cementerio. Está muy bien cuidado.

-Sí, voy allí de cuando en cuando. ¿Qué es lo que tienes que decirme?.

-He visto una casa en la colina. ¿Es tuya?

-La hice construir cuando logré cierta fama como pintor.

Ulina sonrió.

-Vi reproducciones de algunos de tus cuadros. Me gustaron mucho -dijo-. Pero ¿por qué no hablamos en tu casa?

Teene frunció el ceño.

-Parece que se trata de algo muy importante -observó.

-Más que importante, vital. Para la Tierra, para Halyphor... para muchos otros planetas, incluido Starphax. ¿Vamos?

Las manos de los dos jóvenes volvieron a unirse. De pronto, Teene recordó algo.

-Has aprendido a tocar la flauta. Ulina rió.

-Me acordé de ti y pedí una mientras estaba encarcelada -explicó.

-¡Encarcelada! -resopló el joven.

-He estado prisionera casi cinco años, Dag. Por eso no pude venir antes. Al fin me liberaron, no sin antes haberme sometido a tratamiento psiquiátrico, declarándome completamente curada.

-Pero, ¿a quién se le ha ocurrido el disparate de que puedas estar, loca?

-Al gobierno de Starphax -contestó ella, muy seria.

* * *

Mientras tomaban café, Ulina habló largo y tendido. Teene la escuchaba con toda atención. Al terminar, dijo:

-De modo que allí...

-Ha sucedido lo mismo que en la Tierra e incluso antes -respondió la muchacha-. El presidente Derphod ha conseguido un poder absoluto, como no puedes imaginarte siquiera. A su lado, tu tío Symon es un angelito.

-No acabo de entender bien todo esto -dijo Teene.

-Yo empecé a sospecharlo al poco tiempo de regresar de la Tierra, al observar ciertas cosas que no parecían lógicas. Cuando estaba a punto de establecer ciertas conclusiones, que podían probar mis sospechas, me encerraron en la cárcel. Oh, la acusación fue perfectamente legal: robo. Los jueces, por tanto, no tenían otro remedio que condenarme. Pero todo había sido planeado por los esbirros de Derphod.

»Al cabo de un tiempo, me visitó el coronel Erghii, jefe de los servicios psiquiátricos... es un decir, claro, y me sondeó discretamente. Vino a verme muchas veces. Siempre procuré portarme con gran mesura, diciendo que sí a casi todo. Erghii trató de persuadirme de que todo lo que yo había averiguado era una fábula. Incluso recurrió a la narcosis y al hipnotismo, para provocar ciertas lagunas de amnesia en mi memoria. Fingí haber olvidado todo lo que había sido causa de mi condena y entonces fue cuando me soltaron y me devolvieron mi rango de ciudadana libre.

»¡Pero no he olvidado nada, Dag! He resistido indemne a todas las presiones que hicieron sobre mí. Sospecho que, entre los humanos, de cualquier planeta, hay personas con una mente mucho más fuerte que lo norma! y que, por ello mismo, resultan inútiles todos los esfuerzos que se hagan para dominarlos psíquicamente.

Por eso estoy aquí y también porque, durante mi encierro, relativamente benigno, a pesar de todo, pude enterarme de lo que sucedía en la Tierra y de la devastadora carrera política de tu tío, exactamente calcada de la de Derphod.

«Pero eso no es aún lo peor. Puedo citarte, al menos, una docena de planetas en los que sucede exactamente lo mismo que en la Tierra y en Halyphor. Dag, tengo la horrible sensación de que hay una supermente que está tratando de hacerse con el dominio absoluto de cientos de miles de millones de seres humanos. Y esa supermente está en Halyphor.

Teene guardó silencio durante unos segundos, hondamente impresionado por las palabras que acababa de escuchar. Luego dijo:

-Si eso resulta cierto, acabaremos convertidos en simples marionetas de ese ser, quienquiera que sea. ¿No habrá algún medio de evitarlo?

-Lo veo muy difícil, Dag. Teene reflexionó unos instantes.

-¿Crees que esa supermente es la de Derphod?

-No. Pienso que hay alguien sobre él, pero no sé dónde está, ni quién es...

-No resultará fácil, porque debe de ser un ser de una potencia mental sin límites. Si consigue que mi tío le obedezca, y a mi tío le obedecen todos los terrestres, si le obedecen los gobiernos de los otros planetas... ¿cuál no será su poder?

-Pero todo poder, por grande que sea, debe de tener sus límites, ¿no crees?

-Teóricamente, así debiera suceder. En la práctica... ¿Tienes alguna idea sobre un posible consejero de Derphod? ¿Algún político que actúe en la sombra, tal vez?

-No. Derphod lo declaró con toda franqueza: no admitiría consejeros ocultos. Y es preciso convenir que lo ha cumplido hasta el momento. Pero quizá él mismo ignora que está siendo manejado por esa supermente.

-Es posible que tengas razón, pero esas cosas, tarde o temprano, acaban por saberse. Hasta el ser más poderoso comete errores, Ulina.

-Si pudiéramos convencer a tu tío...

-Olvida esa idea -cortó él vivamente-. Mi tío me ordenó que olvidase ciertos hechos y yo he fingido haber acatado su mandato. En cierto modo, estoy en las mismas condiciones que tú. Pero también poseo ciertos poderes...

De pronto, chasqueó los dedos.

-Ya está -exclamó. Ulina le miró ansiosamente.

-¿Crees haber encontrado la solución? -preguntó.

-Puede que algunas personas la estimen ilegal, pero creo que no nos queda otro remedio que actuar de esa forma, Ulina.

-Bien, entonces, dime...

Bruscamente, un fuerte estruendo interrumpió a la muchacha. Alarmado, Teene corrió al exterior y se encontró con un espectáculo completamente inusitado.

* * *

La máquina era enorme, como una casa de diez pisos, y avanzaba lentamente, sobre sus colosales ruedas, destrozando todo lo que encontraba a su paso y allanando el suelo con toda facilidad. El artefacto se sostenía sobre dos dobles filas de ruedas, ninguna de las cuales medía menos de seis metros de altura. En cada fila había veinticuatro ruedas dobles, de ejes independientes, a fin de adaptarse a las irregularidades del terreno.

En la proa llevaba dos colosales perforadoras, que giraban con increíble velocidad, desmenuzándolo todo: tierra, rocas y plantas. Unos potentes aspiradores recogían el resultado de aquella labor, convertido en finísimo polvo, y lo enviaban a un departamento especial, en donde se transformaba en losas muy compactas, de dureza y solidez inigualables. Cada, losa medía no menos de dos metros de largo, por uno y medio de ancho y sesenta centímetros de grueso. Cuando los mecanismos de la parte posterior depositaban una losa en el suelo, ésta quedaba firmemente asentada, formando parte del pavimento de una ancha carretera, que no medía menos de veinte metros de lado a lado. A veces, las perforadoras topaban con un trozo de suelo particularmente duro y entonces retrocedían, para que actuasen las palas trituradoras. Una vez salvado el obstáculo, las perforadoras continuaban su labor.

Delante de la colosal máquina, iban unos cuantos operarios, señalando la ruta de avance. Teene se dio cuenta de que la gigantesca explanadora se encaminaba directamente a su casa.

-¡Dios mío, van a destrozar este hermoso paisaje! -exclamó.

CAPITULO VII

Teene salió al encuentro de los operarios, uno de los cuales llevaba en la mano una tabla, a la que había sujetado unos cuantos papeles por medio de una pinza. Procurando dominar su indignación, dijo:

-Caballeros, ¿puedo saber los motivos de su invasión de un terreno privado?

El hombre le miró fríamente.

-¿Es usted Dagobert Teene? -preguntó.

-Sí, en efecto.

-Soy Paul Kruger, ingeniero del gobierno mundial -se presentó el sujeto. Otro hombre se acercó y Kruger añadió-. El señor Zendor Reil, arquitecto comisionado por el gobierno de Halyphor.

-Hola -dijo Reil. Teene apretó los labios.

-Están en unos terrenos que son de mi propiedad. ¿Quién les ha dado permiso para construir una carretera por aquí?

-Lo siento, pero es cosa del gobierno. En este lugar, precisamente, se va a construir un centro cívico terrestre-halyphorniano. Aquí traigo todas las autorizaciones legales y también un cheque como indemnización para el propietario de las tierras. Está extendido por el secretario de finanzas y visado por el propio presidente de la Tierra.

Durante unos segundos, Teene no pudo decir nada, mudo de indignación. Primero pensó en quejarse de la ilegalidad de lo que sucedía; debían haberle llamado a un tribunal especial, en donde se le habrían comunicado los motivos que el gobierno tenía para realizar la expropiación de terrenos. Incluso, al recurrir contra tal decisión, podía haber ganado el pleito y obligar al gobierno a renunciar a la expropiación. Pero ahora se daba cuenta claramente de que todo era inútil.

Ya estaba hecho. Lo ocurrido era una muestra más del absoluto poder que había conseguido su tío, que le hacía despreciar olímpicamente las leyes. Bien, se dijo, él también poseía ciertas armas y sabría utilizarlas. No le gustaba hacerlo; llevaba mucho tiempo sin emplear sus poderes... pero ahora no tenía otro remedio que hacerlo. Por nada del mundo iba a permitir que destrozasen su valle.

-De modo que trae las autorizaciones y un cheque -dijo al cabo.

-En efecto, así es -respondió Kruger-. ¿Quiere leer los documentos? Una vez se haya impuesto de su contenido, me firmará un recibo, le entregaré el cheque y continuaremos el trabajo. Por supuesto, permitiremos que saque de su casa todos los electos personales...

-¡Qué generosos! -exclamó Teene sarcásticamente-. Vamos a ver esos documentos, hombre.

Kruger le tendió unos cuantos papeles. Teene los examinó, con cara de sorpresa.

-¿Se burla de mí? -gruñó.

-¿Qué diablos está diciendo? -protestó Kruger. Teene le paseó los papeles por delante de los ojos.

-Mire, estúpido, aquí no hay nada... Son papeles en blanco, todos.

Kruger abrió la boca.

-Pero yo...

-Apostaría algo a que ha traído un cheque sin firmar.

Kruger miró su carpeta. Reil se acercó a él.

-Pues...

-Sí que es raro.

-Amigos, creo que alguien les ha tomado el pelo lindamente -se burló Teene-. ¿Quién se ha inventado la disparatada idea de un centro cívico terrestre-halyphorniano en estos parajes?

Kruger y Reil parecían terriblemente confundidos. Sonriendo, Teene añadió:

-Y su máquina... ¿Es una explanadora o un montón de chatarra?

Los dos hombres se volvieron al mismo tiempo. El colosal artefacto yacía de lado, con toda una hilera de ruedas dobles salidas de sus ejes.

-Dios mío, esto es espantoso -gimió Kruger.

-Mi ruina -se lamentó Reil. Teene les entregó los papeles.

-Lárguense -elijo-. Por fortuna, no han tocado gran cosa de mis tierras y la colina sigue intacta; de lo contrario, se iban a ver en un serio conflicto.

-Esa máquina -sollozó Kruger-. Vale cientos de millones...

-Un solo árbol de mis tierras vale infinitamente más que ese montón de hierros -dijo Teene despectivamente-. Vamos, márchense ahora mismo.

-Tendremos que enviar un equipo de reparaciones...

-No se lo permitiré. La máquina está en el interior de mi propiedad, en la que ha irrumpido ilegalmente. Iré a un juez y solicitaré un interdicto.

-Antes dijo que renunciaba...

-Renunciaba a pedir indemnizaciones, pero no a la propiedad de mis tierras. La máquina se queda aquí.

Los hombros de Kruger se abatieron.

-Vámonos, Reil.

Estaban anonadados. Los operarios auxiliares se sentían no menos desconcertados. Habían llegado en un aeromóvil de transporte, que contenía herramientas y provisiones, y lo utilizaron para marcharse, sin formular la menor objeción.

Ulina se acercó al joven y asió suavemente su mano.

-Lo he oído todo -dijo-. Pero cuando lleguen a la capital, verán que los papeles...

-Los papeles están en blanco. He borrado todo cuanto había sido escrito en ellos, lo mismo que en el cheque.

Ulina le miró, un tanto asustada.

-Dag, ¿no sentirás un día la tentación de usar tus poderes para conseguir algo más? -preguntó, muy aprensiva.

Teene le paso una mano por los hombros.

-En primer lugar, no soy ambicioso. Sólo quiero vivir apaciblemente, sin nada que no pueda conseguir con mi propio esfuerzo. Y, en segundo, aunque no lo he comprobado, creo que mis poderes son infinitamente más limitados que los de mi tío. El puede alcanzar con su mente a cualquier punto del planeta. Yo, ni siquiera llegaría a un par de kilómetros de distancia... aparte de que no lo intentaría, por supuesto.

-Pero él se enterara y se pondrá furioso... Si ha sucedido lo que pienso, puede causarte mucho daño...

-Trataremos de evitarlo. Tus has venido a eso, creo.

-Sí, Dag.

-Y eres la que ha hablado de una supermente, qué está precisamente en Halyphor.

-Es lo que creo, y pienso que se trata de algo irrefutable.

-Bien, en tal caso, vamos a poner mi plan en práctica.

-¿Puedo conocerlo, Dag?

-Claro, querida.

Sobre la fachada del edificio ondeaba la bandera halyphorniana: blanca, roja y azul celeste, con un cuartel en el ángulo superior izquierdo, dividido en cuadros negros y amarillos. Sobre el dintel de la entrada se leía: EMBAJADA DE HALYPHOR.

No lejos del edificio había un café. Teene y la muchacha llevaban acudiendo a él varios días seguidos.

Al cuarto día de espera, de pronto, Ulina dijo:

-¡Ahí sale, Dag!

Varios hombres aparecieron en la puerta de la. Embajada. Teene se concentró en» el que figuraba en el centro del grupo, un sujeto de unos cincuenta años, alto, fornido, de excelente apariencia física y vestido con singular elegancia. Durante un segundo, el embajador se mantuvo rígido, con las mandíbulas crispadas, pero en seguida volvió a la normalidad y habló con uno de sus acompañantes.

-Ah, Bradix, busque un hueco en mi agenda -dijo-. Tengo ganas de visitar a ese famoso pintor... ¿cómo se llama? Teene, ¿no?

-Teene, señor embajador -contestó el ayudante.

-Sí, es cierto, Teene. ¿Guando cree que podré ir a su estudio?

El ayudante extrajo una agenda y consultó sus anotaciones.

-Dentro de tres días, excelencia, dispondrá de cuatro horas completamente libres.

-Muy bien, Bradix, anótelas como tiempo dedicado a mi esparcimiento artístico.

-Sí, excelencia.

El grupo se disolvió. El embajador subió al aeromóvil que le aguardaba y que partió de inmediato. Teene y la muchacha intercambiaron una mirada.

-¿Ha dado resultado, Dag?

-Sí. Irá a mi casa dentro de tres días.

-Espero que salga bien...

-Saldrá bien, no te preocupes.

De pronto, un hombre se acercó a la pareja.

-Dagobert Teene?

-Sí -contestó el interpelado.

-Soy Hallis, ayudante personal del presidente. Su excelencia me na encargado le acompañe a una entrevista que el presidente desea tener con usted...

Teene se levantó en el acto.

-Ella es la señorita Ulina Kxüll -presentó a la muchacha-. Vendrá conmigo. Su excelencia no tendrá inconveniente en recibirla también.

Hallis miró largamente a la muchacha. Luego sonrió.

-¿Su prometida, señor Teene?

-Sí -mintió el joven descaradamente.

* * *

Los fríos ojos de Symon W. Roxburn contemplaran durante unos segundos a los dos jóvenes que tenía frente a sí. Luego, el presidente de la Tierra dijo:

-Envié a buscarte solamente a ti, sobrino.

-Puedes hablar delante de ella con absoluta confianza, tío -

respondió Teene fríamente.

-Hubo un tiempo en que nos apreciábamos de veras -se dolió Roxourn-. Yo quise tenerte a mi lado...

-¿Para fundar una dinastía, tal vez? Nunca te casaste y no tienes hijos.

-Piensas mal de mí, Dag. Soy un hombre bueno, querido por todo el mundo...

-Por todos los que no conocen la verdad, Sí.

-¿Cuál es la verdad? Teene adelantó el torso.

-Tú la conoces mejor que nadie -contestó.

-Estoy haciendo un gran bien a la Humanidad -protestó Roxburn.

-Pero te has convertido en el amo de la Tierra, o llevas ese camino. Ponte la mano en el pecho, tío; estamos solos y Ulina conoce la verdad. Jura que no has influido la mente de ningún delegado en las elecciones. Dime, si eres sincero, que estás aquí es por tu poder poco menos que ilimitado. Admítelo, al menos, entre nosotros.

El puño de Roxburn golpeó con fuerza la mesa desde la cual gobernaba el planeta.

-¿Y qué? -gritó-. He conseguido un bienestar incalculable, como jamás se había conocido; no hay conflictos entre regiones y provincias, que antes fueron naciones; la criminalidad ha descendido de manera satisfactoria; la salud es magnífica... ¿Qué más puede pedir la gente, Dag?

-La gente no pide nada, porque no conoce la verdad. Si supieran la realidad de lo que sucede, te lincharían.

-Oh, no, eso no puede ocurrir...

-Porque dominas a todos con el increíble poder de tu mente. Pero, ¿sabes que, a tu vez, eres dominado por una supermente?

Roxburn se echó a reír.

-Sobrino, tienes una fantasía espléndida. Como buen artista que eres, claro.

-Señor presidente, Dag ha dicho la verdad -intervino Ulina con sereno acento.

Roxburn volvió los ojos hacia la muchacha.

-¿Tú también crees en esas historias? -preguntó.

-Señor, hay, por lo menos, doce presidentes de otros tantos gobiernos mundiales, incluyendo el de Halyphor, que se encuentran en las mismas condiciones que usted.

-Pero ¿por qué? ¿Quién querría el dominio absoluto de una docena de planetas?

-Eso es lo que ignoramos hasta ahora. Pero puedo citarle esos doce nombres y demostrarles que, en todos ellos, el proceso político ha sido idéntico al de la Tierra e, incluso, se ha producido mucho, antes que aquí.

-Los gobiernos mundiales han acabado con el azote de las guerras locales e, incluso, las interplanetarias -exclamó Roxburn orgullosamente-. Yo mismo di ejemplo, cediendo ante Starphax, en la cuestión de Qüeddin...

-Pero has permitido que se firmase un tratado comercial con Halyphor, desventajoso para la Tierra -acusó Teene.

-No había otro remedio...

-Antes que éste, se firmaron once tratados comerciales más, en otros tantos planetas, y todos ellos eran desventajosos para el que no fuese Halyphor -dijo Ulina.

Roxburn se pellizcó, nervioso, el labio inferior.

-No puede ser, nadie me manda -murmuró.

-Sy, ¿cómo obtuviste estos poderes? -preguntó el joven.

Durante unos segundos, Roxburn permaneció silencioso, Teene y Ulina se observaban críticamente.

Roxburn recordaba aquel ya lejano día en que se encontró con una encantadora viejecita. Todo había cambiado a partir de aquel momento y sus poderes le habían permitido alcanzar la preeminente situación de que ahora disfrutaba. Los presidentes de continentes y regiones geográficas eran hechura suya, obedecían sus órdenes...

Ahora se presentaría a la Asamblea y rechazaría públicamente el nombramiento de presidente vitalicio, pero los asamblearios, a su vez, objetarían su decisión, la rechazarían y, finalmente, propondrían una votación secreta para adoptar la resolución final.

La votación secreta convencería a los escépticos. Habría, incluso, unos pocos votos en contra. Pero Roxburn no tenía la menor duda de lo que iba a salir tras el escrutinio de las urnas.

Presidente vitalicio de la Tierra.

Pero, ¿dominado por una supermente?

No, nadie podía mandar sobre él. En cambio, él mandaba sobre todos.

CAPITULO VIII

El silencio continuaba. Roxburn se sintió incómodo, al observar la expresión de los rostros de sus jóvenes visitantes.

-Conseguí esos poderes y te cedí parte, si mal no recuerdo -dijo al cabo.

-Yo los he utilizado para conseguir algunas cosillas que me gustaron siempre: terminar la carrera con aprovechamiento, tocar la flauta, pintar... Pero nunca se me ocurrió dominar a los demás, Sy -respondió Teene.

-A mi lado, podías haber llegado muy alto...

-Renuncio a tal honor.

-El centro cívico terrestre-halyphorniano era mi ilusión.

-¿Tu ilusión o la de la supermente que te domina?

-Dag, por favor, no me abrumes...

El muchacho se dio cuenta del tono suplicante de su tío y sintió lástima de él.

-¿Por qué no dimites? -sugirió-. Has hecho una buena labor, es

cierto... pero ahora deberías disfrutar de la vida, dejar todas las preocupaciones, levantarte con el alba a contemplar las flores y oír los pájaros, pasear por una playa desierta, oyendo el rumor de las olas y la brisa marina acariciando tu rostro... El placer de gobernar la Tierra no se puede comparar siquiera con esos pequeños, pero inofensivos placeres...

-¡No puedo, no puedo! -dijo Roxburn con voz sorda.

-Si sigues así, será tu perdición, tío -Teene se puso en pie-. Vámonos, Ulina; su excelencia tiene mucho trabajo.

Roxburn levantó una mano.

-Esperad un momento -dijo-. Dag, te aprecio mucho, pero no quiero que me gastes otra jugarreta como la pasada.

-Lo hice porque la expropiación se había realizado violando todas las leyes. Tú lo sabes muy bien, mejor que nadie. Por eso hice que Kruger y Reil se volviesen con el rabo entre piernas. Admito que puede ser necesario un centro cívico terrestre-haylphorniano, incluso, en el peor de los casos, habría consentido también que se instalase en mis tierras. Pero lo que se hizo fue una clara violación de todas las leyes y no podía permitirlo. ¿Lo comprendes ahora?

-Sí, aunque insisto en mi consejo: no vuelvas a ponerte frente a mí.

-¿Me amenazas como a Wedderley?

-¿Qué sabes...?

-Me lo contó todo antes de morir.

-Wedderley y los suyos querían un gobierno corrupto...

-También ahora hay corrupción, aunque en otro sentido. Pero aunque no se pierdan sumas de dinero, la corrupción sigue existiendo.

Teene echó a andar hacia la puerta, seguido por la muchacha. Antes de salir, se volvió:

-Ulina y yo vamos a luchar contra ti, pero por tu propio bien -dijo como despedida-. Si de veras quieres seguir siendo el hombre bueno que fuiste hasta hace unos años, no estorbes nuestra tarea, por favor. Cuando menos, muéstrate neutral o indiferente. Recuerda la vieja regla, inmutable al paso de los tiempos: «El poder corrompe siempre.

El poder absoluto corrompe absolutamente».

Roxburn no contestó. Teene y Ulina pudieron salir sin ser molestados.

* * *

Cuarenta y ocho horas más tarde, se reunió la Asamblea mundial, en el pomposamente denominado Palacio de la Humanidad. El orden del día, aparte algunos asuntos puramente rutinarios, incluía una propuesta de un grupo de parlamentarios, a fin de que le fuese otorgada a Roxburn la presidencia vitalicia.

Tomaron la palabra distintos oradores, para defender sus distintos puntos de vista que, diferentes en lo meramente formal, eran idénticos, sin embargo, en lo sustancial. Uno o dos se opusieron, pero sus discursos fueron acogidos con un glacial silencio, en contraste con los aplausos a los oradores que estaban a favor de la proposición de ley.

Roxburn pidió la palabra al final, para declarar que él también se oponía a la concesión de un mandato vitalicio. Incluso citó la frase pronunciada por su sobrino dos días antes y que encantó no sólo a la Asamblea, sino al público que escuchaba los discursos a través de la televisión.

El presidente de la Asamblea cerró el turno de intervenciones, diciendo que él, personalmente, estaba en favor de la moción presentada, pero que, por razones de ética y aunque la ley le autorizaba a pedir la votación nominal, se iba a realizar una votación secreta. Cada uno de los parlamentarios tenía ya su papeleta, con un SI y un NO, en la mitad superior e inferior, respectivamente. Cuando se pronunciase su nombre, el delegado pasaría a una cabina cerrada, en donde había una urna precintada, rompería la mitad de la papeleta, depositaría su SI o su NO en la urna y saldría con la otra mitad en la mano, doblada en cuatro partes, para que nadie pudiera ver sino que salía con ese trozo de papeleta en la mano. Luego la arrojaría a un incinerador, en forma de cuenco, que ya estaba preparado junto a la cabina de votación y en forma bien visible para todos los presentes en la histórica sesión.

La votación fue larga y tediosa, debido al procedimiento en sí. Pero

ello alejaba todas las sospechas de trampa electoral. Al fin, se inició el escrutinio.

El resultado de la votación fue el siguiente: Votos afirmativos, 487. Votos negativos, 10. Faltaban tres medias papeletas y se supuso que otros tantos parlamentarios se habían abstenido, enseñando su papeleta completa y arrojándola íntegramente al fuego.

-Se ha salido con la suya -dijo Teene, que presenciaba la escena en la pantalla de su televisor-. Es el presidente vitalicio de la Tierra.

-No cabe la menor duda; ha sabido hacerlo bien. Mientras se negaba a aceptar la moción, influía sobre las mentes de los parlamentarios -manifestó la muchacha-. ¿Qué podremos hacer ahora, Dag?

Teene se levantó. Las, tardes eran ya frescas y se necesitaba el agradable calor de la chimenea. Cuando vio surgir las primeras llamas en el hogar, se volvió hacia la joven.

-Mañana vendrá el embajador de Halyphor -dijo significativamente.

* * *

Al día siguiente, poco después de las dos, llegó el embajador.

-Su excelencia viene solo -observó Teene con sorpresa, después de los primeros saludos.

Thamar Baonid, embajador de Halyphor en el planeta Tierra, se echó a reír.

-No necesito escolta, si es eso lo que le alarma, mi querido amigo -dijo-. Vivo en un planeta muy seguro y ello se debe, sobre todo, a la labor realizada por su presidente. Por cierto, le han concedido el cargo vitalicio. Supongo que ustedes contemplarían la sesión por el televisor.

-Lo presenciamos, en efecto, excelencia, y nos alegramos infinito que el gran Roxburn siga rigiendo los destinos del planeta, hasta el fin de sus días, que deseamos eternos -dijo Teene, a la vez que realizaba una profunda inclinación.

Teene estaba sola. Ulina se hallaba en otra de las habitaciones, para no ser vista por el embajador. Era una medida de prudencia, tomada de común acuerdo.

En Halyphor se sabía que ella estaba en la Tierra y se conocían sus antecedentes. Lo mejor era, pues, protegerse.

Después de un intercambio de corteses frases, Teene llevó a su visitante al estudio, en donde tenía media docena de cuadros terminados y dos o tres máS en proceso de realización. Baonid examinó críticamente los cuadros y se inclinó por dos, cuyo precio preguntó y aceptó sin regatear.

-Enviaré a un funcionario de la embajada para que me los lleve -dijo, al finalizar la transacción.

-Su excelencia no tiene que molestarse; precisamente yo tengo que viajar mañana a la ciudad... ¿Desea tomar algo? -sugirió Teene.

Baonid pidió coñac y el joven llenó dos copas. El embajador saboreó el contenido de la suya y chasqueó la lengua apreciativamente. Cuando dejaba la copa sobre la mesita, Teene hizo un gran gesto con la mano.

-¡Mírame! -ordenó con voz tonante.

El cuerpo de Baonid se puso rígido inmediatamente.

-Deseo que me contestes a unas cuantas preguntas -continuó Teene-. ¿Has entendido bien lo que quiero decirte?

-Sí -respondió el embajador, tenso.

-Este planeta, su gobierno, quiero decir, está dominado por unas fuerzas misteriosas que proceden de Halyphor. ¿Es así?

-Sí.

-Se trata de alguien que tiene un poder infinito. ¿Quién es?

-No lo sé.

-¿Por qué no lo sabes?

-No lo he visto nunca.

-Pero conoces su existencia.

-Sí.

-¿Tiene algún nombre?

-Akharthan.

-¿Tiene algún significado ese nombre?

-«El-que-todo-lo-puede».

-Muy lógico -comentó Teene-. Ese Akharthan, es vuestro presidente.

-No.

-Entonces, debe de tratarse de otra persona.

-Sí.

-¿Dónde está?

-Nadie lo sabe...

Teene se mordió los labios un instante. Era una respuesta lógica.

Pero, de pronto, se le ocurrió una idea.

-Sin duda, en Halyphor debe de haber algún lugar al que la gente no tiene acceso, donde existe una prohibición absoluta de entrar, bajo pena de muerte o algo por el estilo, ¿no es así?

-Sí. En efecto.

-Dime dónde está ese sitio y cómo se llama.

-Es la Montaña Azul y se halla a treinta kilómetros al Noroeste de la capital.

-Gracias.

Teene volvió a mover la mano.

-Despierta.

El embajador se irguió.

-Su copa está vacía, excelencia -sonrió Teene-. ¿Desea repetir?

-Oh, no, gracias -contestó Baonid jovialmente-. Tengo que pilotar

mi aeronave. No me gustaría ser detenido por una patrulla de tráfico. -Tendió la mano al joven-. Ha sido una velada muy agradable.

-Para mí, honrosa en grado sumo, además de agradable, excelencia -contestó Teene.

El joven permaneció en la puerta, hasta que vio remontarse el aeromóvil del embajador. Todavía estaba allí, cuando oyó a su espalda la voz de Ulina.

-Lo he oído todo. Has estado magnífico; un interrogatorio habilísimo.

-Estuve pensando muchas horas en lo que debía preguntarle -contestó él, a la vez que cerraba la puerta y se volvía hacia la muchacha-. Dime, ¿has oído hablar tú alguna vez de Akharthan?

-No, nunca. Lo que me extraña es que el embajador lo sepa.

-Un embajador tiene que estar enterado de un mínimo de secretos de Estado, a fin de actuar acertadamente en un momento crítico, en que no puede comunicarse con su gobierno. Sobre todo, cuando ese embajador es de Halyphor.

-Ya -dijo ella pensativamente-. Me gustaría saber qué es lo que pretende Akharthan, Dag.

-El poder sin límites. Ya te dije en una ocasión que hay personas que estiman el poder más que todos los tesoros del mundo. Posiblemente, ese Akharthan, el dueño de la supermente que tú mencionaste, sea un individuo austero, muy morigerado... cuyo único placer es el poder por el poder. El placer de mandar en cientos de miles de millones de personas. ¿Lo comprendes ahora?

-Sí -respondió Ulina-. Pero no creo que podamos luchar contra una persona que dispone de unas facultades y un poder sin límites... ¿Cómo es, por ejemplo, que no nos ataca ahora con su mente y nos mata?

-La explicación es muy sencilla -dijo Teene-. Akharthan, en efecto, tiene una mente poderosísima, pero, aun así, también tiene sus limitaciones. Sé ha apoderado del cerebro de mi tío y le ordena un plan general de acción, a largo plazo, pero no puede infiltrarse a la vez en las mentes de todos los terrestres, ni los halyphornianos, ni los starphaxianos... Reducir a la obediencia a los habitantes de esos planetas es cosa de los gobiernos planetarios y de sus fuerzas

policíacas. Puede que, además de mi tío, en el caso de la Tierra, tenga también algunas mentes en su poder, pero no deben de ser excesivas. Es... una especie de general en jefe, que deja libertad de acción a los comandantes de ejército, cuerpo de ejército y de divisiones, para llevar a cabo el plan estratégico que ha ideado, con tal de que se ajusten a las líneas maestras del mismo. La masa de soldados ejecuta el plan de batalla, pero él no está en las mentes de todos y cada uno de los soldados; le basta dominar a unos cuantos generales... presidentes de gobiernos planetarios en este caso.

-Y los soldados somos nosotros, los habitantes de estos planetas.

-Exactamente.

-Bien, entonces, explícame cómo Akharthan supo de mi rebeldía e hizo que me encerrasen por cinco años -pidió la muchacha.

-Primero, tú actuaste públicamente, sin esconderle, sin conspiraciones secretas. Segundo, para no levantar más sospechas, se te acusó de robo. Si habías actuado públicamente, tus palabras tenían que llegar forzosamente a oídos del gobierno. Y, me imagino, que de cuando en cuando, Akharthan, debe de preguntar: «¿Cómo van las cosas por ahí?», y el presidente le contenta: «Hay una chica un poco rebelde...», y Akharthan contesta: «Pues enciérrala, hombre, pero hazlo de forma que la gente no recele».

Ulina se echó a reír.

-Es una respuesta muy pintoresca, pero exacta -dijo. Bruscamente, se puso seria-. Lo difícil va a ser llegar hasta el refugio de Akharthan.

-Como hay tiempo de sobra, me dedicaré a pensar en un plan que me permita llegar hasta ese individuo.

-¿Qué harás cuando estés frente a él, si lo consigues?

Los ojos del joven despidieron chispas.

-Si es preciso... le mataré -respondió resueltamente.

CAPITULO IX

Teene llevó tos cuadros al embajador, quien le pagó sin rechistar el

precio convenido. Baonid volvió a hacer grandes elogios de los cuadros y obsequió al joven con una merienda, durante la cual charlaron de muchas cosas. A media tarde, Teene se despidió.

Cuando salió a la calle, volvió la vista hacia el edificio de la embajada, rematado por una antena de forma muy curiosa. Había una bola de cristal, con numerosas facetas, de metro y medio de diámetro, como remate de la antena. Teene supuso que debía de utilizarse para las transmisiones subespaciales, que permitían enviar y recibir mensajes instantáneamente, aun a través de distancias de cientos de años luz.

Adivinó que también la bola de vidrio, con sus múltiples y numerosas facetas, debía de ser una forma de comunicación con Akharthan. Sin duda, los mensajes telepáticos de Akharthan necesitaban de algo que produjera un efecto multiplicador.

Los pensamientos de aquel ser podían trasladarse instantáneamente a través del espacio, pero, también, debían de sufrir una pérdida de potencia, sobre todo, cuando se trataba de penetrar e influir en otra mente. Para comprobar sus sospechas se encaminó hacia el palacio donde residía el presidente de la Tierra.

Desde prudente distancia, pudo ver otra antena similar. En aquellas esferas facetadas, se dijo, estaba el poder de Akharthan. Tal vez había iniciado sus acciones con unos simples mensajes telepáticos, pero luego era preciso mantener el dominio y, a la larga, estimó, debía de resultar muy fatigoso, incluso dañino para su supermente, por lo que había tenido que recurrir a aquellas extrañas esferas.

Su tío tenía que saber lo que sucedía, se dijo. Era posible que, aun dándose cuenta de la procedencia de su inmenso poder, no conociese exactamente toda la verdad.

Debía hablar con él.

-¿Lo crees necesario? -preguntó Ulina aquella misma noche, cuando el joven le explicó el resultado de sus deducciones.

-Sí. En cierto modo, Roxburn no es él. Siempre fue ambicioso, no tengo por qué negarlo, pero no deja de ser un miembro de mi familia. Y esto, sin contar con los enormes perjuicios que sus acciones pueden originar al planeta. Debo verle, Ulina.

-Supongamos que no te cree. ¿Qué harás después?

-Ya te lo dije. Me crea o no mi tío, iré a la Montaña Azul y destruiré a Akharthan.

* * *

Teene solicitó la entrevista, en la forma acostumbrada. Su primera solicitud quedó sin respuesta. Envió otra. El resultado fue idéntico.

-Le escribiré por tercera vez -dijo, pasado algún tiempo-. Si no me contesta...

-Tienes una solución -manifestó Ulina-. Se acerca la Navidad. En Navidad, el presidente siempre se toma un día para permanecer con la familia.

-Es verdad -sonrió Teene-. No se me había ocurrido.

-Entonces, podrás hablarle.

-Y si no me cree, tú puedes ayudarme.

-¿Yo? -se extrañó ella.

-¡Claro! Eres mi prometida. Ulina se sonrojó.

-Todavía no me has pedido que me case contigo -respondió.

Teene le puso las manos en la cintura.

-¿Quieres casarte conmigo? -consultó.

La respuesta fue absolutamente lógica, Ulina se sintió deliciosamente contenta ai ser besada por el joven.

Por aquel entonces, Halyphor empezó a quejarse de que no se cumplían las cláusulas del tratado comercial. Aquellas quejas proporcionaron a Roxburn más de un dolor de cabeza.

-Lo que piden es inaceptable -dijo a su secretario de Comercio Interplanetario.

-Está en el Tratado, señor. Usted mismo lo firmó...

-Debía de estar loco -gruñó Roxburn-. Ese tratado perjudica enormemente al planeta. Vamos a denunciarlo.

-Pero, señor, si hace sólo unos pocos meses que se firmó.

-¿Cree que no lo sé? Conteste que nos negamos a satisfacer sus peticiones.

-¿Nada más?

-Nada más.

Un ayudante presidencial entró en aquel momento con una carta.

-Señor, un mensajero personal para usted. De su sobrino, Dagobert Teene -anunció.

-Léalo, Harry.

-Sí, señor. Dice: «Te veré en la cena de Navidad, tío?». Eso es todo, señor. Roxburn sonrió.

-Conteste afirmativamente -dijo-, Sí, ese día, cenaré con la familia.

Y se volvió para mirar de nuevo al secretario de comercio Interplanetario.

-Beaumont, aunque firmásemos ese tratado, no debemos cumplirlo exactamente, porque es perjudicial para nosotros y yo me debo a la Tierra, ¿comprende?

-Sí, señor.

-En realidad, piden más de lo que les corresponde. La cláusula a que se refieren es un tanto ambigua. Haga que sus expertos la estudien detenidamente y actúe en consecuencia.

-Bien, señor presidente.

Roxburn se quedó solo unos momentos. Se pasó la mano por la frente. ¿Como había sido capaz de aprobar aquel tratado comercial?

En los últimos tiempos, se notaba un tanto extraño. Tenía la impresión de que fuerzas poderosas influían sobre él. ¿Iba a tener razón su sobrino? ¿Había en alguna parte una supermente que ejercía un tiránico poder sobre un gran número de planetas?

Ciertamente, había ambicionado un poder sin límites, pero no le gustaba la idea de pensar que debía ese poder a otra persona y menos aún que en ocasiones, tuviese que obedecer órdenes que no le agradaban en absoluto.

Y si ello era cierto, ¿podría librarse alguna vez del poder de aquella supermente?

* * *

-Es cierto, existe ese ser con la supermente -confirmó Teene días más tarde, en un aparte con su tío, poco antes de la cena de Navidad.

Roxburn se sentía anonadado.

-Nunca pensé que... De repente, me encontré con unos poderes infinitos, pero no se me ocurrió que me los concedían sólo para convertirme en el primer esclavo de millones de esclavos.

-Sucedió como en las leyendas antiguas, en donde intervenía el diablo, cuando se aparecía a los mortales. El diablo concedía la fortuna, a cambio del alma de la persona que hacía el trato con él. En cierto modo, tú te has vendido al diablo.

-Poder a cambio de mi alma -murmuró Roxburn.

-Sí. Pero... nunca me has dicho cómo lo conseguiste...

-Cierto día, me encontré con una encantadora viejecita... Quería pasar al otro lado de la calle...

Roxburn relató a su sobrino con todo detalle cuanto le había sucedido, incluyendo la facultad de ceder parte de sus poderes. Teene comprendió entonces la verdad.

-Aún puedes estar a tiempo -dijo el joven-. Dimite, Sy.

-¿Dimitir? -se asombró el presidente.

-Exactamente. Si dimites, Akharthan perderá todo su poder sobre la Tierra.

-Pero quizá haya otras personas...

-En todo caso, no serías tú. Y sabríamos encontrarlas. Y destruirlas, si fuese necesario.

Roxburn meditó unos instantes.

-Yo quería el poder, es cierto... pero no me gusta la idea de actuar como una marioneta, sujeta por unos hilos de los que tiran otros...

-Entonces, dimite.

-Me eligieron presidente vitalicio -se lamentó Roxburn.

-«Te» elegiste a ti mismo -dijo Teene, implacable-. Tú lo sabes mejor que nadie, Sy.

Roxburn asintió. Teene se dio cuenta de que, pese a la inmensa ambición demostrada, su tío empezaba a sentirse cansado ya del poder.

-Te hablé una vez de la salida del sol, de los cantos de los pájaros al amanecer, el rumor de las olas, la hierba fresca y brillante, las flores de vivos colores, la frescura del viento en tu cara... Eso vale más que todos los tesoros del mundo, tío.

Roxburn sonrió tristemente.

-Eres un auténtico filósofo. Has sabido encontrar la felicidad. Te concedí poderes, pero no los has utilizado apenas.

-Sólo los empleé en lo justo, en lo que me había gustado siempre.

-Ya. Tocar la flauta y pintar.

-Así es. Bien, ¿qué me contestas, Sy?

Roxburn meditó unos segundos. El muchacho tenía razón, qué diablos, se dijo. Vivir como un particular, moviéndose libremente por cualquier parte.

La ambición no le había permitido dedicar un mínimo de tiempo al amor. Roxburn pensó en lo feliz que era Dagobert, ahora, con los campos nevados, la chimenea encendida y una hermosa mujer al lado... Y cuando llegase la primavera, correrían por el valle florido...

-Dimitiré -anunció.

Teene sonrió. Al fin, Roxburn había sabido encontrar el verdadero

camino.

Pero, de pronto, la sonrisa se borró de sus labios. El presidente se había puesto completamente rígido. Estaba tieso como una estatua y tenía los ojos fijos en un punto invisible.

* * *

La voz llegó hasta la mente de Roxburn a través de las profundidades del universo:

-NO DIMITIRÁS. SEGUIRÁS EN TU PUESTO.

-QUIERO DIMITIR. NO QUIERO SEGUIR SIENDO TU ESCLAVO POR MAS TIEMPO.

-ROXBURN, PUEDO CONCEDERTE TODAVÍA MAS PODER. ERES EL MEJOR EJEMPLAR QUE HE ENCONTRADO A LO LARGO DE CIENTOS DE AÑOS. LA GALAXIA ENTERA PUEDE SER TUYA. TE CONCEDERÉ UNA VIDA INACABABLE...

-NO. NO QUIERO NADA TUYO. DESEO SER LIBRE.

-ROXBURN. PIENSATELO BIEN...

-LO HE DECIDIDO Y NADA ME HARÁ VARIAR DE OPINIÓN.

-ENTONCES, TENDRÁS QUE ATENERTE A LAS CONSECUENCIAS.

* * *

Teene se sintió extrañado al ver la actitud de su tío. De pronto, advirtió cierto movimiento en sus labios y comprendió que estaba en comunicación con aquel misterioso ser llamado Akharthan.

-¡Despierta, Sy! -gritó, a la vez que le sacudía con todas sus fuerzas-. Despierta...

Repentinamente, dio un paso atrás.

La cabeza de Roxburn había aumentado bruscamente de volumen. Ahora tenía un tamaño doble del normal.

Era una cabeza horrible, monstruosa, repugnante...

Teene gritó, a la vez que retrocedía. El cráneo de Roxburn seguía aumentando a ojos vistas. Ya tenía casi un metro de diámetro.

Los ojos eran dos glóbulos enormes, de forma horripilante. La boca enseñaba unos dientes gigantescos. Aquella cabeza, sostenida por un cello enteramente normal, parecía la pesadilla de un dibujante loco.

El joven llegó hasta la puerta. La cabeza de Roxburn medía ya más de dos metros de diámetro.

Y seguía creciendo, creciendo...

La puerta se abrió de golpe. Alarmados por sus gritos, los ayudantes presidenciales acudían a la sala.

En el mismo instante, se produjo la explosión.

Fue un horripilante estallido de huesos, sangre y masa encefálica, que salpicó todas las paredes de la estancia. Sorprendentemente, no hizo demasiado ruido.

Roxburn, decapitado, se desplomó, arrojando ríos de sangre por el cuello amputado.

Teene sintió náuseas.

Y terror.

El poder de Ahkarthan era infinito.

No podría luchar contra el poseedor de aquella supermente, capaz de actuar destructoramente a lo largo de billones de kilómetros de distancia.

CAPITULO X

La muerte de Roxburn produjo un inmenso dolor en la Tierra.

Oficialmente fue achacada a un acto terrorista. Todos los que estaban presentes aquella noche memorable, juraron guardar secreto sobre lo que había sucedido: unos, como Teene y Ulina, porque lo sabían, y los demás, porque no lo comprendían en absoluto.

Las honras fúnebres resultaron de una solemnidad nunca vista hasta entonces. Teene hubo de reconocer que, pese a todo, Roxburn había conseguido una popularidad inmensa. Millones y millones de personas formaron a ambos lados del recorrido del cortejo fúnebre, y miles de millones lo presenciaron por televisión.

Un bloque, formado por mil seiscientos astronautas, en veinte filas de ochenta hombres cada una, todos ellos con sus uniformes de gala y brazales de luto, tiraban de las correas uncidas a un viejo armón de artillería. Una colosal banda de música, de seis mil instrumentistas, interpretaba continuamente marchas fúnebres, mientras el cortejo se movía lentamente a través de las amplísimas avenidas de la capital, en la que se había suspendido todo tráfico e, incluso, se habían paralizado las aceras deslizantes.

Cuando el féretro descendió a la tumba, veintiuna baterías de artillería dispararon veintiuna salvas de honor. El gobierno en pleno, con los familiares del difunto, el cuerpo diplomático, todos estuvieron presentes en el último acto de una ceremonia, en la que se despedía a un hombre que, como dijo el presidente del Tribunal Supremo de la Tierra, «sería recordado por los hombres mientras la Tierra siguiese girando en torno al Sol».

Los únicos que sabían la verdad eran Teene y Ulina. Ahora, de momento, las funciones de la jefatura planetaria eran ejercidas por el vicepresidente Rohman.

Por lo que Teene sabía, Rohman había estado siempre muy identificado con Roxburn. Era de presumir, pues, que siguiese su misma política.

* * *

Eric Rohman había terminado su tarea y se disponía a regresar a su casa. Todavía no se había trasladado a la residencia presidencial, que no quería ocupar, según había declarado, hasta tanto se celebrasen nuevas elecciones.

Rohman cruzó los jardines, llegó a la acera y caminó unos pasos. De repente, se encontró con una encantadora anciana.

-¿Puedo ayudarla en algo, señora? -dijo, cortés.

-Quería... iba a cruzar la calle, pero...

-Por favor, señora, si me permite...

Rohman y la anciana bajaron de la acera. De pronto, la anciana se tambaleó.

-¡Señora! -exclamó el presidente en funciones.

La mujer rodó por tierra. Rohman agitó la mano. Un patrullero policial acudió a los pocos instantes. Sus ocupantes reconocieron a Rohman de inmediato.

-Señor presidente...

-Atiendan a esta mujer, por favor. Ha sufrido un desmayo.

Uno de los patrulleros se inclinó sobre la anciana.

-Está muerta -exclamó, a los pocos instantes. Discretamente oculto, tras un árbol, a poca distancia, Teene contemplaba la escena con suma atención. Al oír aquellas palabras, dio media vuelta y se alejó.

* * *

Un tanto frustrado, Teene arrojó sobre la mesa la cerbatana con aspecto de flauta que había traído consigo. Se quitó el chaquetón forrado de piel y puso la taza bajo el pico de la cafetera que sostenía Ulina.

-Has fracasado -adivinó la muchacha.

-Sí. Lo siento, ha muerto, pero ésa no era mi intención.

Ulina palideció.

-Muerta -exclamó. Teene bebió un poco de café.

-Yo tenía la ambulancia a poca distancia. Me la hubiera llevado en seguido, pero dio la casualidad de que había unos patrulleros muy cerca. Por eso sé que está muerta.

-¿Crees que habrías podido interrogarla?

-Sin duda alguna.

-Era un mensajero de Akherthan...

-Lo sé. Por eso estuve tantos días espiando a Rohman. Akherthan mató a mi tío, pero no quiere dejar de dominar la Tierra. Rohman habría sido su siguiente pelele. Aún puede que llegué a serlo.

-Me pregunto quién puede ser esa vieja -murmuró Ulina pensativamente.

-Por supuesto, era la forma mejor de entrar en contacto con la persona que podía servir a sus propósitos. ¿Quién sospecharía de una encantadora ancianita?

-Eso es cierto, pero no me explico cómo pudo matarla el anestésico...

-La dosis, tal vez, era excesiva. O ella muy débil.

-¿Débil?

-De cuerpo, a pesar de su mente poderosa. Murió por esa misma paradójica debilidad.

-Por tanto, no sabremos...

-El embajador me dijo bastante. Tendré que viajar a Halyphor.

Ulina se puso en pie impetuosamente.

-Iré contigo -exclamó.

-A ti te conocen. Estuviste presa...

-Conseguí engañarles. Me creen «curada». Además, se me ocurre una idea para que no sospechen de ti.

-Habla -pidió él.

-Eres un artista de fama. Nada más lógico que un hombre como tú,

desee viajar a Halyphor para conocer nuevos paisajes, nuevas costumbres... viajar por el planeta, conocer gentes, lugares pintorescos... tomando apuntes para futuros cuadros...

Teene sonrió.

-Sí, es una buena idea -convino.

-Yo puedo pasar por tu guía. A fin de cuentas, soy nativa de Haliphor.

El joven asintió.

-De todos modos, antes de emprender el viaje, quisiera hacer una cosa.

-¿Qué es, Dag?

Teene se lo explicó. Ulina pareció dudar un instante, pero acabó por admitir que se traba de una buena idea.

* * *

-...Hoy no son más que piezas de museo, reliquias de un pasado bárbaro, cuando los hombres se mataban salvajemente unos a otros, por motivos que hoy nos parecen ridículos. Al son de los tambores y con el estruendo de las bandas de música, iban a la guerra y aún sentían alegría al saber que matarían a unos semejantes...

Mientras el guía recitaba su perorata, repetida miles de veces a los visitantes del museo, Teene y la muchacha fingían contemplar los artículos que se exhibían en las vitrinas. Era la segunda vez que visitaban aquel lugar. La primera había sido una visita meramente de exploración.

Teene había elegido ya su objetivo. El guía, como un pastor, se alejaba, precediendo a la manada de gente que escuchaba con la boca abierta sus explicaciones, horrorizándose del salvajismo que había imperado en la Tierra no hacía mucho más de dos siglos.

-Afortunadamente, hombres resueltos y virtuosos, entre los que debemos resaltar como el primero de todos al gran Syrnon Roxburn, consiguieron acabar con las guerras y no digamos con la delincuencia,

prácticamente eliminada en la actualidad. Las armas que han visto, son tristes ejemplares de una vergonzosa época de la humanidad, por fortuna superada... Señoras, señores... es la hora de cerrar...

Teene y Ulina se habían rezagado, escondiéndose en los lavabos.

Transcurrió una hora. Un vigilante recorrió las distintas dependencias del museo. Examinó los lavabos, pero no vio nada. Teene borró su imagen y la de Ulina de la mente del empleado.

Pasaron dos horas más. Teene quería tener una seguridad absoluta. Ciertamente, la vigilancia, precisamente debido al descenso de la criminalidad, estaba muy relajada en el museo, pero, a pesar de todo, prefería evitar los riesgos. Pasadas las diez de la noche, calculó que los vigilantes del museo se habían echado ya a dormir.

Seguido de la muchacha, abandonó su escondite, dirigiéndose rectamente a la vitrina elegida. Había llevado algunos objetos consigo y lo primero que hizo fue cortar los hilos del sistema de alarma con unos alicates.

Luego sacó un diamante y cortó un ancho circuló de vidrio, que despegó por medio de una ventosa. Al otro lado, había algunos objetos, descritos con el siguiente rótulo:

FUSIL DESMONTABLE, MAUSER, 2.a MITAD DEL SIGLO XX. CAÑÓN ADAPTABLE PARA SILENCIADOR. MIRA TELESCÓPICA. CARTUCHOS CALIBRE 7, 62. FUNDA PARA TRANSPORTE.

-Justo lo que necesitamos -sonrió.

Lo primero que hizo fue sacar la funda. En uno de los lados de la vitrina había un diagrama explicando la forma de armar y desarmar el fusil. Teene siguió puntualmente las indicaciones y colocó cada pieza en el hueco correspondiente de la funda. Luego se echó al bolsillo los dos cargadores de diez proyectiles cada uno, que figuraban asimismo en la tribuna.

Al terminar, se encaminó hacia la parte posterior del museo. La sala quedaba a unos cuatro metros del jardín. Desconectó la alarma, abrió la ventana y saltó al suelo. Ulina le entregó la funda que contenía el fusil. Luego, a su vez, saltó, ayudada por el joven.

Segundos después, se perdían en la oscuridad.

* * *

Eran las cuatro de la mañana. La oscuridad era absoluta, pero sobre el tejado de la embajada de Halyphor se divisaba el tenue brillo de la esfera de cristal.

-¿Crees que dará resultado? -preguntó Ulina, un tanto aprensiva.

Teene estaba montando el fusil.

-Estoy seguro -respondió.

-Pueden reponer la antena...

-El vidrio, no. Es un vidrio muy especial, difícil de fabricar, aun en esta época, de gran resistencia a la tensión y al fuego, pero tan frágil como los otros vidrios.

Teene ajustó el visor y calculó el alza.

-Realmente, puede decirse que se trata de un diamante artificial. Y la fabricación de diamantes, aun para uso industrial, no fue nunca sencilla -continuó-. Menos, todavía, cuando se trata de fabricar una faceta romboidal que mide no menos de diez centímetros de lado, por dos y medio de grueso.

-Estás muy bien enterado -dijo ella.

Teene sonrió. Ahora estaba enroscando el silenciador.

-He hablado con. un ingeniero conocido -explicó.

-De modo que ese vidrio especial es absolutamente necesario para las transmisiones subespaciales.

-Sí, aunque no llega directamente a Halyphor, como puedes imaginarte. Hay estaciones intermedias que reciben y retransmiten toda suerte de mensajes. En ellas, las esferas de cristal son mucho mayores. Algunas alcanzan cincuenta metros y más de diámetro. Se necesita, dado el intenso tráfico de mensajes, aparte de que, algunas de ellas están separadas de la más cercana por decenas de años luz. La más próxima a la Tierra, en la dirección de Halyphor, está sólo a dos años luz. Pero la siguiente se encuentra a diecinueve...

-Has estudiado a fondo el sistema de transmisiones.

-No se puede ir a la guerra sin conocer, por lo menos, el campo de batalla. Aparte de que, además, esas bolas facetadas sirven para transmitir los mensajes telepáticos de Akharthan.

Ulina asintió. Lo que Teene decía era absolutamente cierto.

Había, por supuesto, más estaciones subespeciales en la Tierra, pero si Baonid quería enviar un despacho a Halyphor, no podría utilizar su propia emisora, lo que le haría ser mucho más cauto, aparte de que ya no podría recibir órdenes directas de Akharthan.

Lentamente, Teene apoyó el fusil en el hombro derecho y dejó pasar la vista a través de la mira telescópica. En su retina, enormemente próxima, apareció la bola de vidrio facetada.

Apretó el gatillo. En la esfera de vidrio se produjo un estallido de tonos casi musicales.

Teene apreció que la destrucción no había sido total y disparó cuatro proyectiles más. Al terminar, la esfera había desaparecido, convertida en infinidad de fragmentos.

-Si alguien tiene humor y quiere recogerlos, puede hacer que se los tallen y así tendrá un hermoso collar de diamantes artificiales -dijo alegremente.

Había disparado desde unos ochocientos metros de distancia. Silenciosamente, mientras en la embajada empezaban a producirse los primeros signos de alarma, a causa de un fenómeno en apariencia inexplicable, Teene y la muchacha desaparecieron de aquel lugar.

Un cuarto de hora más tarde, la esfera que remataba la antena subespacial del palacio del presidente, corrió la misma suerte.

-¿Y ahora? -preguntó Ulina.

-Ahora, nos volveremos a casita y esperaremos tranquilamente el día de la partida para tu planeta.

-La semana próxima.

Teene hizo un gesto de asentimiento.

-Y, antes de una semana, todo habrá quedado resuelto.

Ulina se estremeció.

Sintió frío.

Sí, todo habría quedado resuelto. En un sentido u otro.

Podían triunfar... pero tenían que enfrentarse con un ser de una potencia mental incalculable, un ser que dominaba nada menos que a doce planetas.

¿Qué podían hacer ellos dos solos contra Akharton?

Quizá les aguardaba la muerte, pero no sería mucho peor que vivir como esclavos, pensó.

CAPITULO XI

-Ha sido defecto de fabricación -dijo Rainer Deschamps, al locutor de televisión que le entrevistaba-. Es un cristal muy especial, con una enorme tensión molecular, y, posiblemente, se ha visto afectado por los intensos fríos del invierno. Ahora que viene el buen tiempo, los cambios de temperatura, posiblemente, afectaron a la estructura molecular del vidrio y, en consecuencia, las esferas explotaron.

-¿Cree usted, señor Deschamps, que esas estaciones de radio subespaciales tardarán mucho tiempo en funcionar de nuevo? -preguntó el periodista.

-Algunas semanas. Es un vidrio de fabricación muy costosa; a decir verdad, más que vidrio, se podía llamar diamante artificial y su proceso de elaboración tiene que ser forzosamente lento. Sin embargo, tanto la embajada como el palacio presidencial pueden disponer de otras antenas subespaciales para sus despachos. Por tanto, no hay ningún problema de comunicaciones interplanetarias.

-Muchas gracias, señor Deschamps, en nombre de nuestros oyentes y en el mío propio.

-Gracias a usted.

-Es un chico estupendo -elogió Teene, a la vez que desconectaba el televisor-. Lo ha hecho todo tal como esperaba.

-Te habrás confiado a él -apuntó Ulina.

-Tuve que hacerlo. Estuve hablando más de dos horas, contándole todo con absoluto detalle. Hubo un momento en que se sintió escéptico, pero cuando le hice unas cuantas demostraciones de mis poderes, se quedó convencido por completo. Entonces, le hice recordar ciertos acontecimientos, algunos pasajes de las elecciones... sus dudas se disiparon y aceptó colaborar conmigo.

-Entonces, otras personas se habrán quedado convencidas por sus argumentos. No sospecharán que tú fuiste el que destruyó a tiros las dos antenas.

Teene sonrió.

-El robo del fusil se ha achacado a un maniático -dijo-. Y no lo encontrarán. Está en el fondo de un lago.

Ulina le miró largamente.

-Nos queda lo peor, Dag -murmuró. Teene la abrazó estrechamente.

-¿Por qué no te quedas aquí? -sugirió.

-Ño podría hacerlo. Me moriría de impaciencia si me quedase sola. Iré contigo y correré tu suerte... pero, suponiendo que llegues hasta la guarida de Akharthan, ¿has decidido ya lo que piensas hacer?

-Tengo una idea y, espero, creo que podré desarrollarla mientras llega el momento de la partida -respondió el joven.

* * *

El viaje había terminado. A pesar de que conocía el procedimiento de los vuelos interestelares, Teene no dejaba de sentirse pasmado. En un brevísimo espacio de tiempo habían salvado decenas de años luz de distancia. Ahora se hallaba en un mundo completamente nuevo para él, con paisajes diferentes y costumbres muy distintas a las terrestres. Sin embargo, había algo que podía facilitar las cosas: terrestres y halyphornianos pertenecían a una misma raza, la humana.

La llegada de Teene había despertado cierta moderada expectación. Su fama se había extendido hasta Halyphor y tuvo que aceptar algunas entrevistas y reportajes. Un representante de lo que en la Tierra habría

sido el Ministerio de Cultura, acudió a darle la bienvenida y a ofrecerse en nombre del ministro para cuanto necesitara. Teene agradeció el detalle y prometió obsequiar al ministerio con uno de sus cuadros, con destino al museo que se estimase conveniente.

-A fin de cuentas -murmuró, al quedarse solo en la habitación del hotel-, Halyphor fue descubierto y colonizado por terrestres, aunque luego se declarase independiente.

A los pocos días, hizo una excursión a pie con Ulina. Había contado sus experiencias de los viajes a pie en la Tierra, por lo que sabía que no extrañaría a nadie que lo hiciese también en Halyphor. A poco de salir de la ciudad, divisaron en lontananza la. montaña Azul.

-Allí está -murmuró Ulina. muy impresionada.

La Montaña Azul no era demasiado alta. Teene calculó que su cima alcanzaría unos mil metros como máximo sobre el nivel de la llanura circundante. Era un pequeño Fujiyama, aunque sin nieve en la cumbre. El color azul se debía a los espesos bosques de especies semejantes a coníferas terrestres que crecían en sus laderas.

Allí, pensó, residía aquel ser con una mente de increíble potencia. ¿Podrían acercarse a su guarida?

Durante la semana siguiente, se dedicaron a recorrer los alrededores, regresando a diario a la ciudad. Después de tomarse un día entero de descanso, Teene hizo los preparativos para la ascensión a la cumbre.

-Quizá ataquemos una vez estemos en lo alto -dijo, para justificar su decisión.

En las mochilas llevaban lo necesario para acampar algunos días. Al amanecer, antes de que saliera el sol, emprendieron la marcha.

Acamparon a unos ochocientos metros de la cumbre, junto a una cascada de gran belleza. Teene tomó algunos apuntes. Ulina se dedicó a preparar la cena.

A la media noche, Teene percibió algo extraño en el ambiente.

Ulina, que dormía a su lado, empezó a agitarse, inquieta, como si estuviese bajo el influjo de una pesadilla. Teene decidió que no podía perder un segundo en poner en práctica su plan.

-Despierta, despierta... -dijo, sacudiéndola con fuerza.

Ella se sentó. Teene había encendido la lámpara colgada de uno de los palos que sostenían la tienda de campaña y le entregaba algo que le causó un inmenso asombro.

-¿Una peluca? -exclamó, porque Teene no había mencionado nada sobre el particular.

-Anda, póntela, rápido.

Ella obedeció. El armazón interior, muy flexible, estaba compuesto por infinidad de hilos de metal, muy finos, de modo que componían una red inextricable. La peluca tenía además, una visera del mismo material, que cubría incluso los ojos, aunque no impedía la visión con casi completa normalidad.

Teene hizo lo mismo. Luego salió de la tienda.

-Mira -dijo.

A través de la finísima malla de metal que tenía delante de los ojos, Ulina contempló la colosal bola de vidrio que emergía lentamente de la cumbre. La esfera parecía iluminada por dentro, y su resplandor sufría ligeras oscilaciones, de ritmo desigual.

De pronto, Ulina sintió una especie de golpe en la frente y se tambaleó. Teene la sujetó por un brazo.

-Aguanta firme -dijo-. Es sólo el primer embate. Akharthan cederá, cuando no pueda seguir presionando sobre nuestras mentes.

Ulina cerró los ojos. Aquella invisible presión cesó muy pronto en el interior de su cerebro.

La bola de vidrio, cuyo diámetro, calculó Teene, no era menor de cien metros, permaneció todavía unos momentos en el mismo sitio. Luego, con la misma lentitud que había aparecido, volvió a esconderse en la montaña.

-¿Y ahora? -dijo ella, sintiendo una extraña debilidad en las piernas.

-Será mejor que descansemos. Mañana habremos de cubrir la última etapa. Ya no cabe la menor duda; hemos de atacar.

-Diríase que Akharthan ha advertido nuestra presencia...

-Sí. Tú te notaste inquieta en sueños.

-Cierto. Tenía unas pesadillas horribles...

-La mente de Akharthan trataba de introducirse en la tuya. Por eso te puse la peluca.

-No me dijiste nada -se quejó ella.

-Perdona, pero si te lo decía, Akharthan podía sondear tu mente. La mía, sin inmodestia, es más fuerte, debido precisamente a la cesión de poderes de Roxburn.

-Y has podido resistir.

-Un poco. Pero ahora empiezo a conocer el punto flaco de Akharthan.

-¿Cuál es ese punto flaco?

-No puede moverse.

-¿Cómo?

-Utiliza sólo la mente. Pero. no el cuerpo. Y eso, por muy poderoso que sea su cerebro, limita muchísimo sus actividades.

-Creo que entiendo... Teene sonrió.

-Así es mejor -dijo-. Ah, hasta que no hayamos acabado, tendrás que sufrir la molestia de la peluca. No te la quites para nada.

-No lo haré, te lo prometo -se estremeció ella. Teene recordó la horrible muerte de Roxburn. Si se le hubiera ocurrido entonces la idea salvadora...

Pero de nada servía lamentarse por lo que ya era el pasado, Ahora, lo que importaba era el futuro.

Dirigió la vista hacia la montaña. El futuro estaba allí, en la cumbre primero y luego en el interior, donde un ser de una potencia mental casi ilimitada, tenía su guarida.

* * *

Mucho antes de que se hiciera de día, estaban nuevamente en pie. Ahora, el equipo que transportaban era mínimo. Teene confiaba en estar de vuelta en el campamento antes de que se hiciera nuevamente de noche. Frescos y descansados, reanudaron la marcha, zigzagueando casi continuamente para ganar altura a cada paso.

Cuando faltaban unos minutos para que se vieran las primeras luces, Teene presintió algo.

A. través de la malla que cubría su cráneo casi por completo, notó una extraña sensación. El instinto le hizo tirar de la muchacha, hasta alcanzar la protección de una gruesa roca, desprendida de la montaña siglos antes.

-Quieta -susurró-, no te muevas.

Ulina quedó encogida. Teene gateó hasta el borde de la roca y asomó la cabeza.

La esfera de cristal, despidiendo fluctuantes resplandores por sus miles de facetas, emergía de nuevo en la cumbre de la montaña. Ahora ya no le cabía la menor duda que en el remate de aquel cono casi perfecto que era la eminencia, había un cráter, en el cual se escondía aquella poderosísima arma con la que Akharthan se ayudaba para mantener en la esclavitud mental a los gobiernos de una docena de planetas.

Fortísimas descargas invisibles llegaron hasta su mente, rechazándole con indescriptible contundencia. De no haber tenido la protección de la malla de metal, hubiera muerto, tenía la seguridad de ello. Hizo un esfuerzo y se retiró a la protección de la roca. Los efectos de aquellas descargas, se atenuaron notablemente.

Ulina estaba como atontada. Teene la habló un par de veces, pero no obtuvo la menor respuesta. Ella, sin embargo, se encontraba en perfecto estado físico, aunque muy pálida.

Al cabo de unos minutos, cuando ya se retiraban las sombras de la noche, Teene sintió que cesaba aquella presión sobre su mente. Arriesgándose de nuevo miró hacia la cumbre, esfera de cristal descendía lentamente hacia su escondite. Teene se preguntó cómo era posible que no la hubiera visto ninguno de los habitantes de Halyphor. Quizás crían que era la emisora subespacial central.

Al cabo de unos minutos, reanudaron la marcha. Ulina se había repuesto ya. Teene insinuó algo sobre dejarla en aquel lugar, pero ella rechazó rotundamente la proposición. Seguiría hasta el fin, cualquiera que fuese.

Dos horas más tarde, llegaron a la cumbre. Caminaron unos pasos sobre el punto más elevado y, de pronto, se encontraron ante el borde de un gigantesco hoyo, de forma cónica. El espectáculo les dejó momentáneamente sin habla.

Resultaba evidente que el hoyo había sido en tiempos un cráter volcánico, al que medios artificiales habían conferido una forma absolutamente regular de cono invertido. La anchura era, aproximadamente, de ochocientos metros, por trescientos de profundidad, lo que daba a las paredes una inclinación de unos 50°. Eran muy lisas y se notaban señales de una limpieza casi constante, a fin de evitar desprendimientos perniciosos.

La esfera se divisaba en el fondo, asomando la mitad. Ahora parecía una bola opaca, debido a la falta de resplandor interno, lo que indicaba una segura inactividad.

-Nunca oí hablar de nada semejante -confesó Ulina-. Nadie, en Halyphor, sabe que existe algo como eso que tenemos a la vista.

-He podido observar que la esfera sólo asoma durante los períodos de oscuridad. Por otra parte, me parece, la ascensión a la montaña está prohibida.

-Sí, eso sí lo sabía.

-Y, claro -dijo él con sorna-, nadie quebranta las leyes, que en Halyphor son aún más severas que en la Tierra.

Llevaba una pequeña bolsa pendiente del hombro izquierdo y la puso delante de sí. Hasta entonces, habían estado tendidos de pechos, asomando solamente la cabeza por el borde interior del cráter. Ahora se había sentado sobre sus talones y manipulaba en algo que causó gran perplejidad a la muchacha.

-¿Qué es? -preguntó Ulina.

-Una cosa que inventó un tipo llamado Nobej, allá por los finales del siglo XIX.

Ulina apreció que se trataba de un cilindro de unos dos centímetros

y medio de grueso, por treinta de largo, prolongado en un cordón negro, al que Teene prendió fuego por medio de un fósforo. Inmediatamente, Teene dejó que el cilindro rodase por la pendiente.

Ulina contempló con ojos fascinados el viaje del cartucho de dinamita, que dejaba una tenue estela de humo azulado. Al cabo de unos momentos y, dada la distancia, lo perdió de vista.

De repente, vio brillar un vivísimo fogonazo en el fondo del cráter. El estampido de la explosión le llegó un segundo más tarde.

Atónita, sin querer dar crédito a las imágenes que captaban sus retinas, vio desaparecer la bola de cristal, convertida súbitamente en millares de fragmentos. Durante unos segundos, sólo hubo ruido de cristales rotos, que caían en el interior del pozo. Luego, poco a poco, volvió el silencio.

Entonces vieron la entrada a la guarida de Akharthan.

CAPITULO XII

Lo que había en el fondo del cráter era una abertura completamente artificial, de unos cien metros de diámetro. En el centro se veía el grueso mástil, de viguetas metálicas, que había sostenido hasta entonces la esfera facetada. Más abajo, sólo había oscuridad.

Teene había llevado consigo más cartuchos de dinamita, por si era necesario. Pero la primera explosión había resultado suficiente para destruir la bola de cristal.

-Bien, ahora ya sólo falta la última etapa -dijo. La pendiente era bastante acentuada y no podían bajar resbalando. Pero había llevado un par de cuerdas con ganchos, que fue clavando alternativamente en la pared por la que iban a descender. Cada cuerda tenía unos treinta metros de largo, lo que les permitía soltar la primera, una vez habían sujetado la segunda. Era una especie de alpinismo muy *sui generis,* pero que dio los resultados apetecidos.

El fondo del cráter tenía un trozo liso, circular, de un metro de anchura. Teene miró hacia abajo. Habría unos cuarenta metros, hasta un suelo brillante, de color oscuro, pero del que, sin embargo, no se

podían advertir más detalles.

Tendrían que usar nuevamente las sogas, se dijo. De pronto, Ulina puso una mano en su brazo.

-Mira allí -indicó, muy excitada.

-Debía haberlo supuesto -murmuró, satisfecho. Dejó las cuerdas en el suelo y, seguido de la muchacha, caminó unos ochenta o noventa metros, hasta, situarse en el arranque de la escalera de peldaños metálicos, incrustados en la pared vertical del pozo. Teene inició el descenso de inmediato. Ella le siguió sin vacilar.

Instantes después, se hallaban en el forado de un tubo de paredes lisas, de color muy oscuro, brillantes lo mismo que el suelo. En el centro, se divisaba la estructura de la antena. Por todas partes se veían millares de fragmentos de la esfera destrozada por la explosión.

Al otro lado divisaron una solución de continuidad en aquella pared circular. Teene sacó una lámpara y caminó cautelosamente, con la mano izquierda en la correa de la bolsa que no había querido abandonar en ningún momento.

La abertura era la entrada a un túnel de sección oval. Al fondo, a unos ciento cincuenta metros, se divisaba un tenue resplandor rojizo, con distintas alteraciones en su intensidad.

Teene se adentró por el túnel, no sin advertir la elevación de temperatura que se producía a los pocos pasos. El silencio era absoluto, denso, impresionante.

Paso a paso, caminaron hacia el resplandor. Teene apagó la linterna. Ya no la necesitaba.

De pronto, chocó con un obstáculo invisible. Estaba ya al final del túnel y se dio cuenta de que era un muro de vidrio.

La luz, sin embargo, no era demasiado intensa y tuvo que aguardar unos momentos para habituar sus retinas. Entonces vio algo que le dejó sin respiración.

* * *

Aquella pared de vidrio era parte del gigantesco recipiente que contenía un fluido transparente, levemente amarillento, y en el que flotaba una cosa de forma y proporciones indescriptibles. Teene sintió una violentísima náusea, al ver aquer remedo de cerebro humano, nadando lentamente en el líquido, con unas dimensiones mil veces mayores que las de un cerebro corriente.

Realmente, aquel cerebro no tenía la forma exacta del de una persona, aunque sí cierta semejanza, que hacía comprender en el acto que se trataba de una cosa viva. Los movimientos eran muy lentos, más bien latidos, que no se producían a razón de cinco o seis minutos como máximo. El cerebro se dilataba y contraía muy despacio, lo que le hacía moverse en ocasiones a los lados. De su parte inferior, salían una serie de cables blanquecinos, gruesos como el brazo de un hombre, que iban a perderse en el suelo.

Ahora estaba ya todo claro, se dijo. Alguien, muchísimos años antes, había situado allí aquel cerebro, para dominarlo y dominar a la humanidad. Las esferas de vidrio facetado no eran sino un medio suplementario de conseguir mayor alcance en sus emisiones telepáticas.

Pero aquel cerebro tenía la facultad de conferir poderes poco menos que ilimitados a ciertas personas. Symon Roxburn era un claro ejemplo.

Y aquella facultad, se dijo, habría sido desarrollada mediante ensayos incesantes, a lo largo de incontables años...

-Sí -oyó de pronto una voz en el interior de su cráneo-, todo lo que piensas es rigurosamente cierto.

-Me hablas telepáticamente, Akharthan -observó el joven, sorprendido.

-Carezco de órganos de la fonación y auditivos. ¿De qué otra forma querrías que me entendiese contigo, Dagobert Teene?

-También me conoces.

-Si penetro en tu mente, no puedo ignorar tu identidad.

-Eres un ser todopoderoso. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

-Siglos... Me ha costado mucho llegar a este punto. Abajo, en las entrañas de la tierra, están las máquinas que me proporcionan

incesantemente los alimentos que necesito, convenientemente disueltos en el líquido orgánico en que floto. Puedo vivir eternamente...

-Y acabar dominando a la galaxia, por medio de los hombres elegidos adecuadamente y que ocupan los puestos claves en los distintos gobiernos.

-Algunos me fallan.

-Como Roxburn.

-Era un hombre ambicioso. Le di lo que quería. ¿Por qué me traicionó? -se quejó Akharthan.

-Simplemente, su ambición resultó ser, al final, menor que su honestidad.

-El te cedió parte de tus poderes. No podrás quejarte.

-No, ciertamente, no me quejo, pero tampoco he hecho daño a nadie. Y no he abusado de esas facultades...

-Lástima. Tú hubieras sido el sujeto ideal para colaborar conmigo, el amo absoluto de la Galaxia.

-El amo visible, pero tú habrías tirado de los hilos... Ambicionas el poder sin límites que te confiere tu mente y sientes el placer de mandar, sin que los otros se den cuenta de que son tus esclavos. ¿Me equivoco?

-Eres un chico listo, muy inteligente -elogió Akharthan-. Supiste cómo deshacer parte de mis armas, que también eran parte de mis defensas.

-Fue una simple deducción, apenas llegué a conocer algo de la verdad. Hace algunos años, esas esferas no existían, no se habían construido. Aumentaban la potencia de tu mente, ¿no es cierto?

-Toda mente, a pesar de su poder, tiene sus limitaciones.

-Y por ello necesitabas, por ejemplo, un mensajero... como aquella anciana...

-Era simpática, ¿verdad?

-Encantadora.

-Tú la mataste.

-Lo siento. Yo sólo quería secuestrarla unas horas, obligarla a hablar, conocer más detalles, eso es todo.

-No lo habrías conseguido, Dag.

-¿Por qué?

-Era sólo una representación, no un ser corpóreo, aunque la viesen decenas de personas. Incluso cuando la enterraron... Si ahora abriesen la tumba, encontrarían solamente un ataúd vacío.

Teene arqueó las cejas.

-Creo que comprendo la verdad -murmuró.

-¿De veras?

-Sí. Aquella anciana... *eras tú, Akharthan.*

* * *

Hubo un período de espeso silencio. Por algún extraño prodigio, Ulina captaba íntegro el diálogo, aunque no se atrevía a intervenir, para no provocar algún error que pudiera ponerles en un aprieto.

-Sí, yo era la vieja. Me pareció que, en la Tierra, era la forma mejor de actuar sin provocar sospechas -dijo Akharthan al cabo-. En otros planetas, naturalmente, he actuado con distintos aspectos. Pero no lo hago con frecuencia. Tengo que desplazar parte de mi ente a través de muchos años luz y eso me debilita luego considerablemente.

A Teene le pareció en aquel instante que había unos ojos que le miraban con singular potencia de penetración. Vaciló un poco, pero logró reponerse.

-¿Qué llevas en la cabeza? -preguntó Akharthan-. Te encuentro notablemente resistente...

-Aunque soy un ignorante en ciertos aspectos de la ciencia, no desconozco que el cerebro humano tiene una cierta actividad eléctrica, mucho mayor en el caso de los telépatas y no digamos en el

tuyo.

-Sí, es cierto.

-Esa actividad eléctrica se produce, en cierto modo, como las emisiones de radio.

-Desde luego.

-Pero no hay emisión de radio que no se pueda interferir.

Akharthan «guardó silencio» durante unos instantes. Teene comprendió que trataba de digerir su respuesta.

-Estoy viendo...-dijo Akharthan al cabo-, una especie de rejilla metálica, muy fina...

Había algo más, pero Teene no quiso mencionarlo. Tal vez Akharthan ya lo sabía, tal vez la rejilla le impedía adivinarlo. Como fuese, estimaba que le convenia el silencio sobre el particular.

-Sí, es una rejilla que cubre incluso nuestros ojos -admitió-. Prácticamente tenemos cubierto todo el cerebro.

-Esa red metálica no será obstáculo para mi poder -aseguró Akharthan.

-¿Piensas matarnos?

-Sois un grave obstáculo para mis planes. Este proyecto se inició cientos de años antes, cuando empecé a trabajar en él. Durante siglos, he permanecido aquí. Empecé siendo un cerebro de tamaño corriente... robots altamente tecnificados hicieron todos los trabajos que podríamos llamar estrictamente manuales, y luego, con el transcurso de los años, mi ente ha ido aumentando progresivamente de tamaño.

-Y de poder.

-Así es. Parece que no se pueda ser feliz, encerrado perpetuamente en esta cárcel de líquido orgánico, pero yo lo soy. No podría serlo de otra manera y no permitiré que nadie me robe esa felicidad... ¡La felicidad del poder infinito!

-Sí, hay gustos para todo -dijo Teene con acento irónico. Sacó un cigarrillo, se lo puso en la boca y lo encendió displicentemente. Al cabo de unos segundos, lo cogió con dos dedos de la mano izquierda,

situándolo en la boca de la bolsa que pendía de su costado.

-¿Qué haces? -preguntó Akharthan.

-Oh. estoy fumando...

Súbitamente, Teene agarró la mano de Ulina y tiró de ella.

-¡Vamos, corre!

En los cerebros de los dos jóvenes sonó una silenciosa y burlona carcajada.

-No podréis ir muy lejos... Eh, Dagobert, te dejas la bolsa...

Teene seguía corriendo sin parar. En pocos segundos, franquearon la boca del túnel e, inmediatamente, se tiraron hacia la derecha.

La voz de Akharthan llegó ahora muy confusa:

-¿D... nde... stáis? N... os... iviso... Vamos... iero ver... onde...

De súbito, se produjo la explosión.

-Ven, Ulina.

Echaron a correr de nuevo, ahora hacia la escalera. Teene empujó a la muchacha, que trepó presurosamente por los peldaños de hierro. El la siguió sin perder tiempo.

A unos cuatro metros del suelo, se volvió.

A su cerebro llegaba un horrible lamento, el alarido de alguien que se sabía morir irremisiblemente, sin que toda su potencia mental fuese suficiente para impedir la catástrofe. Una cascada de líquido amarillento, cálido y de repelente olor dulzón, brotó por la boca del túnel.

Continuaron la ascensión. El silencioso alarido de agonía se apagó de pronto.

Entonces vieron salir del túnel algo repugnante: enormes jirones de masa blancuzca, surcada por infinidad de estrías rojas, que desparramaban su contenido en el líquido orgánico, cuyo nivel aumentaba sin cesar. Aquellos horribles restos eran cuanto quedaba de un ser que había creído llegar a dueño de la Galaxia y que ahora no era sino un montón de materia que pronto iniciaría su proceso de

descomposición.

Hediondas columnas de vapor se elevaban del líquido, cuyo nivel se estabilizó cerca del borde del pozo. Ulina tuvo que apartar la vista a un lado, porque no se sentía capaz de contemplar aquel repulsivo espectáculo.

En silencio, comprendió que el cigarrillo encendido por Teene, no había sido sino el pretexto para prender la mecha de uno de los cartuchos de dinamita. Pero aún ignoraba cómo habían logrado escapar al increíble poderío de Akharthan.

Volvió la cabeza. Teene se quitaba la peluca sonriendo.

-Además de la rejilla, hay una diminuta pila, que genera electricidad de sentido contrario a la que se desprendía de Akharthan -dijo.

Ulina se tocó la nuca. Sí, había un diminuto bulto, en el que no había reparado. Cuando tuvo la cabeza libre, hizo unas cuantas sacudidas, para mover sus cabellos, aprisionados hasta aquel momento.

-Tú no le dijiste nada de ¡a dinamita, Dag. El joven hizo un gesto negativo.

-En todo momento, procuré tener alejada esa imagen de mi mente. Además, le perdió su exceso de confianza en su propio poder. Quiso disfrutar haciéndonos sufrir antes de darnos muerte. Contaba con ello, créeme.

-¿Por qué?

-El «ego» de las personas poderosas siempre da muchos disgustos, cuando se creen infalibles o superiores al resto de los mortales. Akhantor, a fin de cuentas, no era sino el cerebro de un ser humano y, como tal, tenía ese defecto.

-Que tú supiste explotar hábilmente. Teene hizo una mueca.

-Hemos de subir -dijo, señalando el borde del cráter.

-Dag, ¿qué pasará ahora? -preguntó ella-. Los presidentes y muchos personajes se sentirán liberados...

-Y no tendrán los poderes que tuvo mi tío y deberán portarse como

seres normales. Si es que se puede llamar ser normal a un político.

Ulina soltó una alegre carcajada. Teene había lanzado ya el primer gancho y empezó a trepar por la pendiente.

-Si no estuviera segura de que has perdido tus poderes, te diría que me subieses volando -dijo.

-Por si acaso, no quise hacerlo a la bajada -contestó él.

-Ya. Dag, cuando llegue el verano, ¿iremos a vagabundear como aquella vez?

Teene se detuvo un. instante.

-Una flauta, una canción en los labios... y todo el mundo para nosotros, ¿verdad?

Los ojos de Ulina brillaban singularmente.

-Todo el mundo para nosotros -contestó-. Porque tú y yo seremos nuestro propio mundo.

Teene asintió. Ella tenía razón.

Y ahora vivirían feliz y pacíficamente, porque no tendrían que temer a personas con poder sin límites.